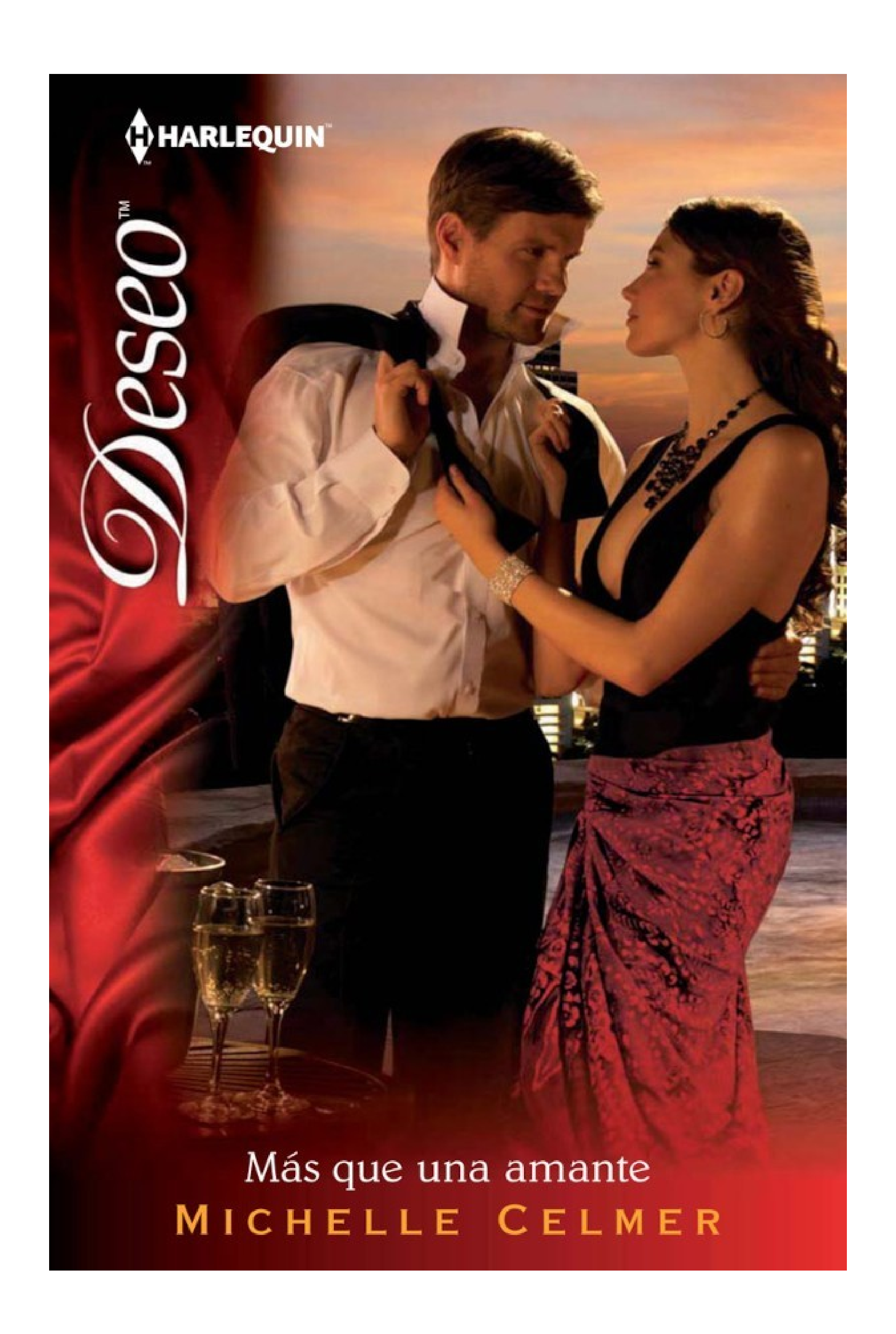


HARLEQUIN
Deseo
Más que una amante
MICHELLE CELMER

Editados por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

MÁS QUE UNA AMANTE, N.º 1898 - febrero 2013
Título original: Much More Than a Mistress
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.
Publicada en español en 2013

I.S.B.N.: 978-84-687-2640-3
Editor responsable: Luis Pugni

Conversión ebook: MT Color & Diseño
www.mtcolor.es

Capítulo uno

«Puedes hacerlo», se dijo Jane Monroe para animarse mientras iba desde el aparcamiento a la entrada principal de la sede corporativa de Western Oil.

Tenía mil mariposas haciendo la conga en el estómago. Se detuvo frente a las puertas de cristal y respiró el fresco aire de enero mientras apretaba un segundo los puños.

Durante sus primeros seis meses de trabajo en Servicios de Investigación Edwin, había pasado cientos de horas al ordenador verificando antecedentes, tratando de encontrar a padres que no pagaban la manutención de sus hijos o descubriendo los bienes que ocultaban algunos hombres a sus exmujeres. Cuando alguien necesitaba asesoramiento legal, ella era la persona adecuada para resolver sus dudas. Y todo ese trabajo era el que la había llevado hasta ese momento.

Su primera misión secreta.

Entre los nervios y el viento, no dejaba de temblar. Llevaba medias de nailon y unos zapatos de tacón muy alto. Entró y fue directa a los arcos de seguridad. Mostró la tarjeta de identificación que le permitiría circular libremente por todo el edificio, incluso en las zonas reservadas para los altos cargos de la empresa.

De camino al ascensor, pasó al lado de una bulliciosa cafetería. Pulsó el botón que la llevaría al tercer piso, donde estaba el departamento de Recursos Humanos.

Sabía que a su familia le parecería que con ese trabajo estaba echando a perder su título de licenciada en Derecho. Por eso les había mentido. Sus padres y hermanos creían que formaba parte del departamento legal de una empresa local. Así era más fácil para todos. Pero ya había decidido que iba a decirles la verdad en cuanto consiguiera solucionar ese caso.

Sabía que les iba a impresionar saber que había estado trabajando en secreto en la oficina del multimillonario Jordan Everette, director de operaciones de Western Oil, un hombre

sospechoso de aceptar sobornos y también de sabotaje.

Había conseguido ese caso por casualidad, la secretaria a la que iba a remplazar en la empresa se había puesto de parto y el investigador que iba a encargarse del caso estaba ocupado aún con otro trabajo. Era la oportunidad perfecta para demostrarse a sí misma y a los demás que podía hacerlo y estaba decidida a hacerlo bien.

La agencia estaba elaborando un informe explicándole quién era su objetivo a investigar, pero no iban a mandárselo hasta esa noche.

Hasta entonces, tendría que ir a ciegas. Ni siquiera había visto una foto de su nuevo jefe. No sabía nada de él. Pero, teniendo en cuenta su posición en la empresa, imaginaba que tendría ya unos cincuenta años y que estaría calvo y algo gordo.

Jane se bajó un poco la ajustada y corta falda que llevaba. Normalmente, vestía trajes mucho más conservadores. Había pensado que un hombre como el señor Everette, un solterón empedernido y bastante mujeriego, sería mucho más receptivo si la nueva secretaria llevaba faldas cortas y tacones de aguja. Ella, que siempre había sido tímida y no muy sociable, que no había tenido una cita de verdad hasta su segundo año en la universidad, iba a tener que comportarse como una sexy secretaria.

Al principio, le había parecido imposible. Pero había pasado el fin de semana tratando de cambiar su imagen. Había ido a un salón de belleza, donde le habían enseñado a maquillarse. También había renovado por completo su vestuario. Le había sorprendido mucho el resultado, se encontraba sexy de verdad.

Antes de ir a Western Oil, se había pasado por la agencia para recoger su pase de seguridad. La recepcionista ni siquiera la había reconocido y los hombres la miraban de otra manera.

Había conducido hasta la central de Western Oil con más seguridad en sí misma de la que había sentido en toda su vida. Pero los nervios habían vuelto a atacarla en cuanto se bajó del coche. Era un trabajo muy importante. Estaba segura de que, si lograba solucionarlo, sus superiores la tomarían en serio. Soñaba con conseguir un ascenso.

El ascensor se detuvo y Jane fue por el pasillo hasta el despacho de Recursos Humanos. Dio su nombre a la recepcionista y esta le pidió que esperara unos minutos.

Se quitó el abrigo y se sentó en una de las duras sillas de plástico. Pocos minutos después, salió una señora de mediana edad a recibirla. Iba vestida de manera muy elegante.

–¿Señorita Monroe? –le preguntó mientras la miraba de arriba abajo.

Jane se puso deprisa en pie. Aunque los detectives solían dar un nombre falso, ella había decidido que iba a tratar de mentir lo menos posible. Le sería mucho más fácil recordar lo que tenía que decir si no mentía en demasiadas cosas.

–Bienvenida, soy la señora Brown –le dijo la mujer–. Voy a enseñarle las oficinas.

Jane recogió su abrigo y siguió a la señora Brown por el pasillo y de vuelta al ascensor. Los zapatos le hacían daño y estaba deseando poder llegar a su casa y quitárselos.

–Supongo que la empresa de trabajo temporal le dio una copia de nuestra política de empresa.

–Por supuesto –repuso Jane.

De hecho, había memorizado todas las normas de conducta de Western Oil.

La única experiencia laboral que tenía, aparte de los meses que llevaba en Servicios de Investigación Edwin, eran unos cuantos veranos en el bufete de su familia desde los catorce años. También había estado trabajando allí después de licenciarse, durante cinco años y hasta que reunió el valor para dejarlo y tratar de perseguir su sueño de ser detective.

En el ascensor, la señora Brown pulsó el botón del último piso, donde estaban los altos cargos. Estaba tan nerviosa que apenas podía respirar.

–Esta es la señorita Monroe –anunció la señora Brown al guardia de seguridad cuando se abrieron las puertas del ascensor–. Trabajará durante unos meses para el señor Everette.

–Bienvenida, señorita Monroe –le dijo el joven mientras le miraba sutilmente las piernas.

¿Puedo ver su tarjeta de identificación, por favor?

La desenganchó de la solapa del traje y se la entregó. Él anotó los datos en una libreta.

–Póngasela en un lugar visible. No la dejarán entrar sin ella –le recordó el guardia.

No le extrañó que tuvieran un control tan estricto. Allí trabajaban personas muy importantes.

–Por aquí –le indicó entonces la señora Brown mientras iba hacia unas puertas dobles de cristal.

Le dio la impresión de que el guardia seguía observándola. No estaba acostumbrada a que los hombres la admiraran de esa manera. Siempre había sido invisible para ellos.

Estaba disfrutando con el cambio de imagen y la atención que estaba consiguiendo. Aunque sabía que, sin esa ropa, seguía siendo la misma Jane Monroe de siempre.

Entraron en otra zona y se detuvieron frente al mostrador de la recepcionista.

–Te presento a la señorita Monroe, trabajará de manera temporal para el señor Everette –le dijo la señora Brown a la mujer que estaba sentada allí.

–Soy Jen Walters. Bienvenida a la planta superior, señorita Monroe –la saludó la recepcionista con una cálida sonrisa.

–Encantada, Jen –repuso Jane dándole la mano–. Llámame Jane, por favor.

La señora Brown se despidió de ellas y Jane se sintió algo mejor. Seguía estando nerviosa, pero le dio la impresión de que se iba a llevar bien con Jen Walters y su sonrisa había conseguido tranquilizarla un poco.

–¿Qué te parece si te enseño las oficinas y dejo después que te instales tranquilamente? El señor Everette está en una reunión, pero saldrá pronto –le sugirió Jen.

La recepcionista le mostró la sala de descanso y los baños y le presentó a las demás secretarias. Todas le parecieron muy agradables. Después, le enseñó su mesa.

–Tiffany te dejó instrucciones sobre tus funciones y cómo le gustan las cosas al señor Everette –le dijo Jen mientras le mostraba unas hojas impresas–. Quería estar aquí para ponerte al día, pero se puso de parto antes de tiempo.

–Vaya... Bueno, supongo que los bebés son impredecibles –repuso.

–He desviado las llamadas para el señor Everette a mi teléfono. Te daré un par de horas para que te hagas al sitio y después te las pasaré directamente.

–De acuerdo, gracias por enseñarme las oficinas –le dijo a Jen.

–No hay de qué. Llámame si tienes alguna pregunta –repuso la recepcionista.

Cuando se quedó sola, se asomó para ver el despacho de su jefe. Tenía grandes ventanales en dos de las paredes desde donde se veía todo El Paso. Era el despacho de un hombre poderoso.

Colgó el bolso y el abrigo en el armario y se sentó a su mesa. Dejó el teléfono móvil en el cajón superior. Encendió el ordenador y se puso a mirar la lista que Tiffany le había preparado. Vio que eran cosas bastante básicas. Le decía cómo atender el teléfono, cómo tomaba el café el jefe, qué llamadas debía pasarle directamente y cuáles no. Le llamó la atención que su madre fuera una de las personas con las que prefería no hablar si podía evitarlo.

Pensó en revisar los archivos del ordenador por si encontraba algo que lo incriminara, pero decidió ir al baño y retocarse el maquillaje. Quería estar presentable para su nuevo jefe.

Tomó el bolso y fue al servicio. Volvió a pintarse los labios y se retocó el maquillaje.

Le quedaba solo un día para cumplir veintinueve años, pero ese maquillaje le tapaba las pecas que tanto le habían hecho sufrir desde sus años en el instituto.

Nunca se habría imaginado que el maquillaje pudiera cambiarle tanto la vida. Terminó de retocarse y se miró en el espejo. Le gustó su aspecto.

Salió del baño y se detuvo en la sala de descanso para prepararse un café. Después, regresó a su mesa. Cuando entró por la puerta, se quedó inmóvil al ver que había alguien sentado en su silla.

No sabía quién podría ser el hombre que estaba sentado a su mesa.

Estaba recostado cómodamente en su silla. Vio que estaba leyendo la lista que Tiffany le había dejado.

Llevaba las mangas de la camisa remangadas a la altura de los codos. Tenía el pelo rubio oscuro y lo llevaba bastante corto. Era muy atractivo.

–¿Puedo ayudarle en algo? –le preguntó entonces.

El hombre la miró con unos cálidos ojos castaños y una sonrisa que podría derretir muchos corazones.

–Eso espero –repuso el hombre mientras se levantaba de la silla.

Era una mujer alta, sobre todo con tacones, pero él lo era mucho más. Tenía que levantar la vista para mirarlo a los ojos. Era esbelto, pero fuerte y musculoso.

–Supongo que es la sustituta de Tiffany –le dijo él mientras le ofrecía la mano.

Su mano era grande y cálida. No se le pasó por alto que aprovechaba para mirarla de arriba abajo.

–Soy Jane Monroe –se presentó ella.

–Es un placer conocerla, Jane Monroe.

También lo era para ella, aunque aún no sabía quién era ese hombre tan apuesto.

–Por cierto, le ha llamado Mary.

Se quedó sin aliento. Supuso que se refería a su hermana y no entendía cómo podía haber descubierto que estaba trabajando allí.

–¿Ha llamado aquí?

–No, al móvil –repuso el hombre mientras abría el cajón y sacaba su teléfono.

–¿Ha contestado mi teléfono? –le preguntó atónita.

–No, la verdad es que dejó de sonar antes de que lo encontrara en el cajón. Pero en la pantalla apareció el nombre de una tal Mary.

–¿Acostumbra a mirar en los cajones de la gente y tocar sus cosas? –le preguntó furiosa.

–Solo si creo que puedo encontrar algo interesante –repuso encogiéndose de hombros.

No era la respuesta que esperaba.

–¿Quién es usted?

–¿No lo sabe?

–No –replicó contrariada–. ¿Acaso debería saberlo?

Le sorprendió que le dedicara una sonrisa en ese preciso momento.

–Soy Jordan Everette, señorita Monroe, su jefe.

Capítulo dos

–Se-señor Everette –balbució la señorita Monroe sonrojándose–. Lo siento mucho. No sabía...

–Supongo que no soy como esperaba –la interrumpió Jordan.

La joven sacudió la cabeza, mordiéndose el labio inferior.

–¿La ha enviado la empresa de trabajo temporal? –le preguntó.

La señorita Monroe asintió con la cabeza, pero le pareció muy raro. Él mismo había llamado a la agencia de trabajo temporal el viernes anterior. Normalmente, no tardaban nada en enviarle una sustituta, pero le habían dicho que nadie les había avisado para decirles que necesitaban una nueva secretaria. Aun así, allí estaba esa joven, el lunes por la mañana y de pie frente a él.

Llevaba un par de semanas algo escamado. Notaba algo raro en la empresa. No sabía de qué se trataba, pero su instinto no se equivocaba.

Suponía que la investigación sobre la explosión en la refinería había dejado a sus empleados para centrarse en él.

Después de seis años trabajando para la empresa como ejecutivo y tres como director de operaciones, creía que ya era hora de que Adam Blair, director general de Western Oil, confiara en él. Si estaba preocupado, no entendía por qué no se lo preguntaba directamente.

Pero creía que, si desconfiaba tanto como para pensar que podría poner la vida de sus trabajadores en peligro, no lo veía capaz de decirle la verdad si Jordan decidía hablar con él y preguntárselo directamente.

Supuso que habían contratado a esa mujer, que parecía una modelo de pasarela, para que tratara de seducirlo y sacarle la verdad. Le dolía que lo consideraran tan superficial y que ni siquiera su hermano le hubiera dicho la verdad. Aunque cabía la posibilidad de que Nathan no supiera nada y Adam también lo estuviera investigando.

Se sentía traicionado, pero no tenía muchas opciones. Podía

enfrentarse a Adam y evitar que siguiera investigándolo, pero creía que eso le haría parecer más sospechoso. No podía dejar que nada, ni siquiera su orgullo, se interfiriera en su camino. Deseaba ocupar el opuesto que Adam iba a dejar libre muy pronto. Su única opción era cooperar con la investigación.

Pero no pensaba ponerle las cosas fáciles a la mujer que le habían enviado para que hiciera de secretaria. Sabía por qué estaba allí y podía manipular la situación, controlar la información que fuera a obtener de él. Dejaría que viera solo lo que él quisiera enseñarle. Aunque, por mucho que lo intentara, no iba a encontrar nada que lo incriminara, no había hecho nada malo. Pero había ciertos aspectos de su vida, sobre todo en lo referente a sus finanzas, que prefería mantener en secreto.

–Siéntese –le dijo Jordan mientras se alejaba de la silla.

Sonriendo nerviosamente, la señorita Monroe rodeó la mesa.

–¿Quiere que le traiga una taza de ca...?

Se le enganchó el tacón de aguja en la pata de la mesa y se tambaleó hacia delante. Vio que se agarraba a la mesa para no caerse, pero soltó la taza de café y esta le cayó sobre la camisa.

La señorita Monroe gritó horrorizada al ver lo que había hecho y se tapó la boca con la mano. También había caído café en la alfombra.

–¡Oh, Dios mío! ¡No me lo puedo creer! No sabe cuánto lo siento...

La mujer miró a su alrededor buscando algo para limpiar el café. Vio una caja de pañuelos de papel en la mesa y sacó deprisa unos cuantos.

–Señor Everette, lo siento mucho.

–No pasa nada –repuso él mientras se limpiaba el café que le había caído en la cara.

Se dio cuenta de que, aunque parecía una modelo de pasarela, era algo torpe.

–¿Puedo ayudarle con eso? –le preguntó la joven mientras señalaba la camisa.

–Suelo guardar una camisa limpia en el armario. ¿Podría buscarla mientras me limpio?

–Por supuesto –repuso deprisa mientras iba ya hacia el armario.

Jordan, mientras tanto, fue al cuarto de baño que tenía en el

despacho y se desabrochó la camisa. También se había manchado un poco los pantalones, pero apenas se notaba.

Pensó que quizás no fuera una infiltrada tratando de sacarle información, sino una secretaria guapa y torpe.

–Señor Everette –lo llamó la joven desde su despacho.

–Estoy aquí –repuso él mientras mojaba una toalla para limpiarse la cara y el pecho.

–Aquí tiene su...

Jordan se volvió a tiempo de ver a una perpleja señorita Monroe en la puerta del baño. Tenía los ojos muy abiertos y fijos en algún punto de su torso. Pero no tardó en recuperarse y apartar rápidamente la mirada. Vio que se sonrojaba de nuevo. Le parecía extraño que una mujer tan sexy como ella se sonrojara al verlo sin camisa.

Sin mirarlo a los ojos, su nueva secretaria le entregó la percha con la camisa limpia.

–Aquí tiene.

Rozó sus dedos al agarrar la percha y ella apartó deprisa la mano.

Cada vez le parecía más interesante esa mujer.

–¿Va a despedirme? –le preguntó entonces.

–¿Lo ha hecho a propósito?.

–¡Por supuesto que no! –exclamó sorprendida.

–Entonces, ¿por qué iba a despedirla? –repuso él mientras se ponía la camisa limpia.

La joven volvió a morderse el labio inferior como si no fuera consciente de lo sexy que era ese gesto. Se puso la camisa y se la abotonó.

–En cuando a su pregunta de antes, sí.

–¿Mi pregunta? –le dijo la señorita Monroe con el ceño fruncido.

–Me encantaría tomarme un café. Aunque esta vez preferiría que no acabara en mi ropa.

–Por supuesto –repuso su secretaria con una tímida sonrisa mientras salía del baño.

Vio que iba a poder divertirse mucho a su costa hasta que esa mujer se diera por vencida al ver que él no tenía nada que ocultar.

Una vez más, Jane lamentó haberse puesto esos zapatos de tacón mientras iba a la sala de descanso para prepararle el café. El corazón le latía con fuerza. No sabía qué le había afectado más, haberle demostrado su ineptitud nada más conocerlo o verlo con el pecho al descubierto.

Su torso le había parecido una obra de arte y suponía que también lo era el resto de su cuerpo. Su jefe no se parecía en nada al hombre de mediana edad, gordo y calvo que se había imaginado. No era bueno sacar conclusiones de manera precipitada.

Y ella, aunque su aspecto había mejorado mucho, no había conseguido impresionarlo, todo lo contrario. A pesar de su transformación física, en el fondo seguía siendo la misma joven estudiosa, tímida y torpe de siempre. Las misiones secretas no eran para ella.

Sirvió el café y añadió un poco de leche. Debía tratar de tranquilizarse. Respiró profundamente.

«Puedo hacerlo», se dijo. «Soy lo suficientemente buena y llevo meses preparándome».

Levantó la cabeza y volvió al despacho del señor Everette. Llamó a la puerta con los nudillos y entró. Fue un alivio ver que estaba completamente vestido y sentado tras su gran mesa.

Y, afortunadamente, estaba hablando por teléfono, así que no iba a tener que hablar con él. Era a la vez una decepción y un alivio.

–Seguro que ha sido un error –le decía mientras le hacía un gesto a Jane para que se acercara.

Fue hasta la mesa sosteniendo con cuidado la taza y la colocó frente a él. Antes de que pudiera darse la vuelta para salir, el señor Everette levantó una mano para detenerla.

–Sí, mamá, te prometo que hablaré con él –añadió impaciente–. Pero fuiste tú la que nos dejaste plantados en Navidad. No me extraña que Nathan esté algo molesto... Me da igual que fuera un barón o un marqués, mamá. Eso no cambia nada –continuó él–. Sí, hablaré con él. Te lo prometo –agregó impaciente–. Está bien, mamá. Adiós.

Colgó el teléfono y suspiró. Parecía algo exasperado.

–¿Se lleva bien con su madre, señorita Monroe?

La pregunta consiguió sorprenderla. Quería a sus padres, pero

no apoyaban sus decisiones.

–Bueno, es una relación un poco complicada… –comenzó ella.

–Mi madre es insoportable –la interrumpió–. Manipula a todo el mundo y siempre consigue lo que quiere. Tendrá que ser firme y directa con ella o hará lo que quiera con usted.

–De acuerdo –repuso ella.

–¿Podría ponerme el café en un termo? –le pidió Everette–. Hay uno en el mueble bar.

–Por supuesto –repuso ella–. ¿Va a salir?

–Sí, tengo una reunión en la refinería.

Pensó que así tendría tiempo para husmear en su oficina y se puso más nerviosa aún. Le temblaban las manos.

Cerró el termo y se giró hacia él. Le sorprendió ver que se había levantado y estaba muy cerca de ella. Fue una suerte que no se diera de bruces con él.

–Lo siento, no quise asustarla –le dijo Everette.

Pero sonreía como si su intención hubiera sido la contraria, como si le divirtiera ponerla a prueba. También cabía la posibilidad de que estuviera coqueteando con ella. No estaba segura.

El señor Everette tomó el termo y sus manos se rozaron. No pudo evitar estremecerse.

–Creo que los dos estaremos más seguros si no lleva bebidas calientes en las manos.

–Lo siento –repuso ella ruborizándose.

Sonrió y abrió el armario que había junto al baño. Vio que allí tenía la chaqueta del traje.

–¿Necesita que haga algo en especial mientras esté fuera? –le preguntó ella.

–Limítese a atender el teléfono y aproveche el día para familiarizarse con la oficina y con el ordenador. Tengo una comida de trabajo. Volveré sobre las dos.

Vio que iba a tener tiempo de sobra para curiosear. O, mejor dicho, para investigar. Se dio cuenta de que tenía que empezar a pensar como una profesional y usar la jerga adecuada.

–Ya iremos juntos otro día –le dijo él de repente.

Se quedó sin respiración, tratando de decidir si acababa de pedirle que saliera con él.

–Supongo que nunca habrá estado en una refinería –añadió.

Fue entonces cuando entendió sus palabras.

–No, nunca.

–Le va a impresionar –repuso él–. Y, aunque en las noticias digan lo contrario, son seguras.

Su agencia tenía varios empleados trabajando allí de manera encubierta y, por lo que sabía, ninguno había percibido problemas de seguridad.

–Me encantaría ir –le dijo ella.

–Voy varios días a la semana. A lo mejor la próxima vez que vaya... –comentó mientras miraba su caro reloj de platino–. Es tarde. Si hay algo urgente, puede llamarme al móvil.

–De acuerdo, así lo haré.

Fue hacia la puerta y ella lo siguió. Vio que se detenía un momento.

–Por cierto –le dijo mientras señalaba la mancha de café en la alfombra–. Llame a limpieza para que se ocupen de eso.

–De acuerdo.

Él le dirigió una última sonrisa tan seductora como las demás y se fue.

Era el momento que llevaba tanto tiempo esperando.

Se quedó allí y trató de calcular el tiempo que tardaría en llegar al ascensor. Después, salió al pasillo. Las puertas del ascensor se estaban cerrando cuando ella llegó a recepción.

–¿Se ha ido ya el señor Everette? –le preguntó.

–Sí, acaba de meterse en el ascensor –repuso Jen–. ¿Se le ha olvidado algo? Si quieres aviso al guardia del vestíbulo.

–No, gracias. No es nada urgente. Tenía una pregunta, pero puede esperar hasta que vuelva.

Su única intención había sido asegurarse de que se había ido de verdad.

–¿Cómo va tu primer día? –le preguntó Jen con una sonrisa.

–Bastante bien –repuso ella mientras pensaba en lo que le había pasado con el café.

–Hoy vamos a ir a comer juntas todas las secretarias. Ven con nosotras, si quieres.

Prefería quedarse y aprovechar para investigar un poco, pero no quería parecer antipática. Supuso que también le vendría bien hablar con ellas y conseguir más información.

–Me encantaría, muchas gracias. ¿A qué hora habéis quedado?

–A las doce –repuso Jen–. Vamos a ir a un restaurante al otro lado de la calle.

–Estupendo, nos vemos entonces.

Jane volvió a su mesa y se quitó los zapatos para poder moverse rápidamente si a alguien se le ocurría pasar por allí. Sacó de su bolso un *pendrive*.

Con el corazón a mil por hora fue hacia el despacho de Jordan. Pero, antes de que pudiera dar un paso, el teléfono empezó a sonar.

–¡Maldita sea! –susurró contrariada–. Buenos días, despacho del señor Everette.

–Señorita Monroe, soy Brenda, del despacho del señor Blair. Le gustaría hablar con usted.

El corazón le dio un vuelco. No entendía por qué querría verla el director general.

–Ahora mismo voy –le dijo a Brenda.

Guardó el *pendrive* en el cajón y volvió a ponerse los zapatos.

–Pase –le dijo la secretaria del señor Blair cuando la vio entrar–. La están esperando.

Jane se detuvo al oír lo que acababa de decirle Brenda.

–¿Quiénes?

–El señor Blair, el Señor Suárez y el señor Everette –repuso Brenda–. El otro señor Everette.

Había creído que iba a reunirse con el director general, que ya le intimidaba bastante, pero era aún peor saber que también estarían presentes el director económico y el de marcas.

En el bufete, solía reunirse con hombres poderosos, pero allí se encontraba fuera de lugar.

–No se preocupe, no muerden –le dijo Brenda al ver que estaba nerviosa–. Seguro que solo quieren saber cómo va la investigación.

–¿Cómo va el qué? –repuso Jane sorprendida.

–No pasa nada, señorita Monroe. Lo que sabe el señor Blair, también lo sé yo. A todos nos gusta mucho el señor Everette y nos cuesta creer que tenga algo que ver con el sabotaje. Cuanto antes termine esta investigación, mejor. Si puedo ayudarla… –le confió Brenda en voz baja.

–Gracias –repuso ella–. Bueno, será mejor que pase ya.

–Buena suerte –le dijo Brenda.

Viendo cuánto le temblaban las rodillas, se dio cuenta de que la iba a necesitar.

Capítulo tres

El señor Blair estaba sentado tras su mesa, lo reconoció gracias a las noticias que había visto en la televisión tras la explosión en una de sus refinerías.

Era moreno, atractivo, con algunas canas en las sienes. Tendría unos cuarenta años.

–Señorita Monroe –la saludó mientras se levantaba de su sillón.

También se puso en pie el hombre que estaba sentado frente a su mesa. Y vio que había otro ejecutivo más de pie junto a uno de los ventanales.

–Pase y cierre la puerta, por favor.

Hizo lo que le pedía y entró algo temblorosa. Rezó para no tropezar y hacer el ridículo delante de esos hombres.

–Señorita Monroe, soy Adam Blair y este es Nathan Everette, nuestro director de marca –le indicó el señor Blair mientras señalaba al hombre sentado frente a él–. Le presento también a Emilio Suárez, director económico –añadió mientras miraba al que estaba de pie.

Ella los saludó con la cabeza. Los dos la miraban sutilmente de arriba abajo.

Nathan Everette era más moreno que su hermano y más alto, pero se parecían.

El señor Suárez también era muy atractivo. Había mucha testosterona en ese despacho.

–Por favor, siéntese –le sugirió el señor Blair.

Jane se sentó junto al señor Everette.

–En primer lugar, me gustaría dejarle claro que a ninguno de nosotros nos gusta vernos en la necesidad de investigar a nuestro colega –le dijo Blair–. Su jefe me ha asegurado que todo esto será tratado con mucho cuidado y tacto.

–Por supuesto –repuso ella tratando de que no le temblara la voz.

–Me dijo también que el plan consiste en que usted pueda llegar

a conocer al señor Everette a un nivel más… personal. La verdad es que no sé si me gusta la idea…

Le sorprendió que fuera tan directo. Iba a ser más complicado de lo que había pensado hacerse con la confianza de esos hombres.

–Si el señor Everette está involucrado en una conspiración, no creo sea tan inepto como para tener cualquier evidencia incriminatoria en el trabajo. Tengo que conseguir acceso a su casa.

–¿Y cómo va a hacerlo? –le preguntó el señor Suárez.

No sugirió directamente que lo que iba a hacer era inapropiado, pero ella sí pudo oír de qué la estaba acusando. Le estaba quedando muy claro que a esos hombres no les gustaba nada tener que llevar a cabo esa investigación.

–Mi agencia me prohíbe participar en cualquier actividad ilegal o poco ética –les aseguró ella.

El señor Everette se frotó la frente, parecía estar sufriendo con todo aquello.

–No me gusta… –murmuró.

–Hace unas semanas, Jordan y tú ni siquiera os hablabais –le recordó Suárez a Everette.

El hermano de su jefe lo fulminó con la mirada.

–Pero es que esto de la investigación me parece tan poco honesto… ¿Acaso no te molesta? –repuso Nathan Everette.

–Por supuesto que me molesta. Y si fuera a mi hermano a quien estuviéramos investigando, supongo que me sentiría como tú. Pero no tenemos otra opción, Nathan. Tenemos que saber lo que está pasando y ya acordamos que esta era la mejor manera de manejar la situación.

–Parece que todos respetan y aprecian al señor Everette –comentó ella–. ¿Por qué creen que podría haber sido el saboteador?

–Como ya sabrá, alguien ingresó doscientos mil dólares en la cuenta de Jordan una semana antes de la explosión. Y unos días más tarde, Jordan sacó treinta mil dólares de esa cuenta para enviarlos a otra cuenta. No sabemos de dónde salió el dinero ni a dónde fue a parar después.

–Así que piensa que alguien le pagó para hacerlo y Jordan contrató a su vez a otra persona para que manipulara el sistema de seguridad y provocara la explosión –le dijo Jane al señor Blair. Pero, ¿por qué? He visto sus cuentas y no le hace falta el dinero –

comentó ella.

–Jordan es ambicioso –le dijo Adam–. Esto sucedió antes de que todos supieran que dejó el puesto de director general. A lo mejor sintió que había tocado techo o alguien le hizo una oferta que no pudo rechazar, pero para la que a cambio tenía que hacer algo en esta empresa.

–¿Y usted cree que pondría en peligro la vida de los empleados de la refinería para llegar más lejos en su carrera? –le preguntó ella.

–A lo mejor querían una explosión sin heridos, pero algo salió mal –sugirió Emilio Suárez.

–Pero si hubiera recibido una oferta mejor, ¿por qué iba a seguir aún aquí? –preguntó ella.

–¿Para no levantar sospechas? O tal vez, ahora que el puesto de director general queda libre, tiene una razón para quedarse.

–O puede que los heridos hayan provocado que el trato se rompa –sugirió Emilio.

Vio que tenían distintas teorías. Supuso que todas eran plausibles si de verdad su jefe era tan ambicioso como todos parecían creer.

–Eso es lo que tenemos que averiguar –le dijo el señor Blair mientras miraba al señor Everette–. Y, o estamos todos de acuerdo o se detiene la investigación ahora mismo.

Jane contuvo el aliento. Temía que su primer trabajo como investigadora terminara antes de empezar. Decidió que tenía que tomar el toro por los cuernos para evitarlo.

–Señor Everette –le dijo ella a Nathan mientras le tocaba levemente el brazo–. Tengo hermanos y entiendo lo difícil que debe de ser esta investigación para usted. Haré todo lo posible para no dañar la imagen ni la integridad de nadie. Le doy mi palabra.

El señor Everette la miró a ella y después a sus compañeros. Parecía algo confuso. Pensó que iba a decirle que no quería seguir adelante.

–De acuerdo, lo haremos –le dijo poco después.

Jane suspiró aliviada.

El Señor Blair se puso en pie y ella también se levantó.

–Si necesita algo, no dude en pedirlo –le dijo–. Nos gustaría que se resolviera lo antes posible.

Jane asintió con la cabeza.

–Ha sido un placer conocerlos, señores –se despidió ella.

Fue hacia la puerta caminando con cuidado para no tropezar. Cuando salió, pudo por fin respirar mientras cerraba la puerta.

Brenda la miró y le hizo un gesto para ver qué tal le había ido, pero no le dio tiempo a contestar porque la puerta se abrió tras ella y salió el señor Everette.

–A mi despacho, ahora –le ordenó a Jane sin más.

Se le vino el mundo abajo y pensó que habían cambiado de parecer. Lo siguió por el pasillo. Le volvieron a temblar las rodillas.

–No me pases llamadas –le dijo Nathan Everette a su secretaria.

La joven parecía sorprendida al verlo con la secretaria de su hermano. Era como si Nathan no se diera cuenta del peligro que entrañaba que los vieran juntos. Podía echar a perder su tapadera.

Le hizo un gesto para que pasara a su despacho y cerró la puerta. Se sentó a la mesa y le pidió que tomara asiento.

–Si queremos que todo se resuelva lo antes posible, hay algunas cosas que debería saber sobre mi hermano –le dijo Nathan Everette sin más.

–Sí, por favor. Cualquier cosa que pueda serme de utilidad –repuso aliviada.

–Supongo que su agencia es consciente de la reputación de mujeriego que tiene mi hermano y que por eso la han enviado a usted.

–Esa era la idea.

–Bueno, estoy seguro de que ha conseguido despertar su interés. Es una mujer muy hermosa, señorita Monroe –le dijo–. Por favor, no se lo tome a mal, pero debo decirle que necesitará más que una cara bonita y una falda estrecha para mantener su interés.

–¿Y cómo cree que podría mantenerlo interesado? –le preguntó ella.

–A mi hermano le encantan los desafíos, así que no se lo ponga fácil. Si es demasiado directa, perderá interés. Tiene que trabajar duro para conseguirlo.

Tenía tan poca experiencia seduciendo a los hombres que le gustó la idea de que fuera el señor Everette quien diera el primer paso.

–Y la encontrará más atractiva aún si le deja claro que no quiere nada serio con él. Mi hermano tendrá unas expectativas y, si no se

cumplen, podría aburrirse e ir en busca de otra conquista.

Si su jefe se enteraba de que se había acostado con la persona a la que estaba investigando, no podría volver a trabajar de detective nunca más.

–Le seré sincero, señorita Monroe. Mi hermano y yo estamos casi siempre en desacuerdo, pero no es una mala persona.

–Trata de protegerlo, ¿no?

–No sé por qué, pero sí. Siempre lo he hecho.

–Así son los hermanos mayores –le dijo ella–. Yo tengo dos y es lo que hacen conmigo.

El señor Everette sonrió al escucharla. Ya no le intimidaba tanto. Le había parecido un hombre intransigente y duro, pero empezaba a ver que tenía otro lado más amable.

–Con una hermana tan guapa como usted, habrán tenido mucho trabajo.

Cada vez le caía mejor.

–Bueno –le dijo él levantándose de su sillón–. Me alegra haber hablado con usted, pero ahora tengo que ponerme a trabajar.

Se puso de pie y se alisó rápidamente la falda con las manos.

–Gracias por los consejos.

–Buena suerte, señorita Monroe –repuso él mientras estrechaba con seguridad su mano.

Salió de la oficina de Nathan Everette sintiéndose menos insegura. Su primer día había empezado con algunos baches, pero creía que las cosas estaban mejorando.

Volvió casi cojeando a su mesa. Pensaba que, si había sido capaz de mantener la calma en la reunión con todos esos directores, no había nada que no pudiera manejar.

Cuando llegó a su mesa, se quitó los zapatos y sacó el *pendrive* del cajón. Había llegado la hora de ir a buscar algo de información.

–¿Es mi imaginación o eras mucho más alta cuanto te conocí esta mañana?

Se quedó sin aliento al oír la voz de su jefe. Cerró deprisa el cajón y se puso en pie.

Jordan Everette la miraba desde la puerta de su despacho con los brazos cruzados y apoyado en la jamba.

–Ha vuelto temprano –murmuró ella.

–Sí, estaba aún en el vestíbulo cuando me llamaron. Se ha

suspendido la reunión.

Si no la hubieran llamado para que fuera al despacho del director general, Everette la habría sorprendido investigando en su despacho.

–Imagine mi sorpresa cuando volví y vi que mi nueva secretaria ya estaba haciendo novillos.

–No... Yo no... –tartamudeó ella–. Lo siento, no volverá a ocurrir.

–¿Dónde estaba?

Se quedó en blanco durante unos segundos.

–En... En el departamento de Recursos humanos.

–¿Por qué?

–Un trámite sin importancia. Tenía que firmar un documento que no había firmado aún.

–¿Fue allí donde le robaron los zapatos?

–No, por supuesto que no. Están bajo mi mesa. Son nuevos y me hacían daño –le confesó ella–. Pero puedo volver a ponérmelos y...

–No, no se preocupe. No quiero que sus pies sufran por mi culpa. Aunque le dolerían menos si estuviera sentada.

Jane se dejó caer en la silla.

–Tengo que ir a hablar con mi hermano –le dijo Everette.

Antes de que pudiera controlarse, abrió sorprendida la boca. Se preguntó si sabría que había estado allí unos minutos antes.

–¿Está bien? –le preguntó con el ceño fruncido.

–Son los pies, me duelen mucho –mintió ella.

–Si alguien llama, estoy en una reunión.

–De acuerdo.

Lo miró mientras salía de allí. Debía de pensar que su nueva secretaria estaba loca.

El móvil le empezó a sonar en ese momento y lo sacó rápidamente del cajón.

Vio que era su hermana.

–Hola, Mary. ¿Qué pasa?

–Es casi imposible ponerse en contacto contigo –repuso su hermana de mal humor.

Jane suspiró. Le entraron ganas de colgarle el teléfono, pero las cosas ya estaban demasiado tensas entre ellas y no quería empeorarlas. A su hermana no le gustaba que hubiera dejado el

bufete. Ya no tenía quien le hiciera el trabajo sucio.

–Estoy en el trabajo y no he podido devolverte la llamada –le dijo.

–Vale, vale –repuso enfadada–. Solo te llamaba para recordarte lo del viernes.

–¿Qué pasa el viernes?

–¡La cena con la familia de todos los meses! –replicó con impaciencia Mary.

–Pero suelen ser el último viernes de cada mes. Pensé que nos veríamos la semana que viene.

–¿No recuerdas que decidimos hacerla una semana antes porque Will tiene un viaje de negocios?

–No, no sabía nada.

–¿No? Pensé que ya te lo había dicho.

–Pues no.

Desde que había dejado de trabajar en el bufete familiar, era la última en enterarse de lo que pasaba. Era como si la estuviesen castigando por ello.

–Estoy segura de que te lo dije, pero bueno... Mamá ha reservado mesa donde siempre, en el Via Penna. A las siete en punto.

–Intentaré ir.

–¿Lo intentarás? ¿Qué es lo que te pasa? ¿Ya ni siquiera tienes tiempo para tu familia?

–Iré, ¿de acuerdo?

–Hasta el viernes –repuso Mary.

Y colgó sin decir nada más. Jane gruñó y metió de mala gana el teléfono en el cajón. Después se lo pensó mejor y se lo guardó en el bolso.

Capítulo cuatro

Jordan fue hacia el despacho de su hermano con una sonrisa en la cara. Tenía que reconocer que la señorita Monroe era bastante rápida.

Él mismo había cambiado la reunión para intentar pillarla con las manos en la masa. Tenía curiosidad por saber qué excusa le iba a dar y había sido una decepción ver que no estaba allí.

Después de hablar con Lynn, la secretaria de Nathan, había descubierto que Jane se había reunido con los directores en el despacho de Adam y que después había estado hablando con su hermano. Hasta ese momento, Jordan había tenido la esperanza de que Nathan no supiera que Adam lo estaba investigando, pero vio que no era así.

En vez de esperar a que su secretaria lo avisara, entró directamente. Sabía que era una costumbre que sacaba de quicio a su hermano.

–¡Jordan! ¿Por qué demonios tienes que entrar sin llamar? –preguntó irritado Nathan.

Había estado leyendo unos documentos, pero cerró rápidamente la carpeta al verlo entrar.

–Dime que ha sido un error que no enviaras a mamá una invitación para tu boda –le dijo él.

Nathan suspiró al oírlo.

–Supongo que te ha llamado, ¿no?

–Claro que me ha llamado. Está muy dolida.

–Y, ¿por qué crees que eso debería importarme?

Estaba harto de ser el intermediario entre Nathan y sus padres.

–Nathan, vamos... No seas así.

–La verdad es que no pensé que fuera a importarle siquiera que la invitara o no.

–Pues parece que sí. También me ha dicho que aún no ha podido conocer a Max.

Se refería a su pequeño sobrino. Nathan había descubierto

recientemente que tenía un hijo. Era el resultado de una aventura que su hermano había tenido con la hija del dueño de una compañía petrolera rival.

–¿A que no te dijo que la invité la semana pasada para que conociera a Ana y a Max? Pero le surgió algo más importante y llamó en el último momento para decirme que no podía ir.

–No, eso no me lo dijo –repuso Jordan.

A su madre le encantaba hacerse la víctima.

–Ya ha tenido su oportunidad –le dijo Nathan–. Estoy harto de estar siempre pendiente de sus caprichos. No sé cómo sigues aguantándola.

La verdad era que él tampoco lo sabía. Una parte de él seguía intentando atraer su atención, como cuando era un niño.

–Me pareció que estaba muy dolida –insistió él.

–Me estás partiendo el corazón –repuso Nathan con una fría expresión en sus ojos.

–Puede que se haya dado cuenta de que no va a tener otra oportunidad para asistir a la boda de uno de sus hijos. Y lo más seguro es que yo no le dé nietos.

–No le importa Max. Ya me ha dicho que no quiere que la llame abuela. Dice que eso haría que se sintiera demasiado vieja.

–Seguro que cambia de parecer cuando lo conozca –le dijo Jordan.

–No está así por la boda ni por Max. Lo que le molesta es que haya invitado a papá.

Se quedó boquiabierto. Su hermano y su padre habían pasado casi diez años sin hablarse. El mismo tiempo que él había pasado tratando de persuadirlos para que se reconciliaran.

Con el paso de los años, el carácter de su padre había mejorado mucho, ya no era tan agresivo. Además, sentía remordimientos por la forma en la que había tratado a Nathan.

Y, aunque Jordan no estaba preparado para admitirlo, sentía que tenía parte de culpa en la complicada relación que había tenido Nathan con su padre.

Al ser el hermano mayor, Nathan había sido su protector durante años. En vez de enseñarle a defenderse, Nathan era el que daba la cara por él. Con el tiempo, Jordan fue sintiéndose cada vez más débil y eso provocó que sintiera cierto resentimiento hacia su

hermano mayor.

Para vengarse, había tratado de meterle en problemas cada vez que podía, a sabiendas de que su padre lo pagaría con el hermano mayor. Esa situación había provocado que Nathan tuviera después dificultades para controlar su ira.

Tanto le había marcado que había estado a punto de renunciar a su hijo al creer que no iba a poder ser un buen padre para Max. Había sido entonces cuando de verdad se había dado cuenta de lo profundamente que había afectado a su hermano.

Que hubiera invitado a su padre a la boda era un gran paso para Nathan. Esperaba que los dos hermanos también pudieran reparar su relación y dejar de lado el resentimiento, pero todo había cambiado durante esos últimos días con el sabotaje en la refinería y las acusaciones.

–Me alegra mucho que lo invitaras –le dijo Jordan.

Nathan se encogió de hombros, como si no fuera importante.

–Me lo pidió Ana.

Pero sabía que, por mucho que hubiera insistido Ana, Nathan lo había invitado porque quería.

–Y, ¿por qué no invitas también a mamá?

–Aguanté sus tonterías durante años porque tú y ella erais la única familia que tenía. Ahora tengo mi propia familia y ya no la necesito.

–Lo único que te pido es que le des una oportunidad más. Si te decepciona también esta vez, te prometo que no volveré a hablarte de ella.

–Dame una buena razón para que la invite.

–Eres una buena persona, Nathan. Mejor que ella y mejor que papá. Esto no quiero tener que repetirlo, pero a veces creo que también eres mejor que yo. Aunque mamá no lo quiere admitir, has herido sus sentimientos y tú no eres el tipo de persona que hiere los sentimientos de la gente. Sé que después te sentirás culpable y no merece la pena.

–Vaya, y yo que pensé que eras tan superficial y egoísta como ella.

–Ese será nuestro secreto –repuso Jordan.

Nathan se quedó callado un momento, luego suspiró.

–Está bien, está bien. Una oportunidad más. Pero si me

decepciona, no quiero saber más de ella.

–Me parece bien. ¿Vas a llamarla y decírselo?

Nathan lo fulminó con la mirada.

–O podría hacerlo yo –se ofreció Jordan.

Esperaba que su madre pusiera de su parte porque estaba harto de defenderla. De hecho, había decidido que tampoco iba a darle más oportunidades.

–Esto me recuerda que aún no nos has enviado tu contestación –le dijo Nathan.

–Está en mi lista de tareas pendientes, pero ya sabes que iré.

–Y supongo que irás con alguna mujer.

–Por lo menos con una –repuso Jordan con un pícaro guiño–. No más de tres.

Nathan puso los ojos en blanco al oírlo.

–Bueno, volviendo a lo que decías antes. Si crees que soy mejor incluso que tú, supongo que no vas a competir por el puesto de director general y dejarás que lo sea yo.

Jordan se echó a reír.

–Tengo que volver al trabajo.

Se dio la vuelta y fue hacia la puerta, pero su hermano lo llamó antes de que pudiera salir.

–¿Sabes qué? No eres tan listo como crees –le dijo Nathan.

Pero él sabía que sí lo era.

No tenía que competir por el puesto porque sabía que ya era suyo. Nadie se lo había dicho oficialmente, pero Nathan estaba a punto de casarse con Ana Birch, la hija del dueño de Birch Energy. Era el principal competidor de Western Oil y, lo que era aún peor, sospechaba que Walter Birch tenía algo que ver con el sabotaje.

Emilio Suárez, que también quería hacerse con el cargo, estaba casado con una mujer cuyo exmarido era el responsable de uno de los más mayores fraudes financieros de los últimos años.

Jordan había desempeñado un papel importante en los últimos éxitos de Western Oil. Apreciaba y respetaba a todos los hombres que trabajaban en la refinería y sabía que ese respeto era mutuo. Desde que asumiera el cargo de director de operaciones, la productividad había aumentado en casi un quince por ciento. Pensaba que era la persona más adecuada para dirigir la empresa y creía que solo iba a tener que esperar a que el anuncio se hiciera

oficial.

Cuando regresó a su oficina, Jane estaba leyendo algo en la pantalla del ordenador.

–¿Algún problema con el sistema? –le preguntó él.

–No, conozco el sistema operativo y la mayoría de los programas.

–Genial, porque tengo un montón de trabajo que hay que poner al día.

–Para eso estoy aquí –le dijo Jane.

O eso era al menos lo que él debía creer. Solo esperaba que, además de rebuscar en su vida personal, fuera lo bastante competente como para trabajar de verdad. Y cuando salieran de allí y ya no hubiera más trabajo, empezaría la verdadera diversión.

Se puso a llover a mediodía, así que las secretarias decidieron pedir la comida en vez de ir andando al restaurante. Fue un gran alivio para Jane, así no tenía que caminar más aún con esos zapatos.

Jordan había salido a comer fuera y podría haber pasado esa hora en su despacho tratando de entrar en su correo electrónico y en sus archivos, pero le alegró haber decidido comer con ellas. No consiguió información útil para su investigación, pero sí tuvo la oportunidad de comenzar a construir una base de confianza que podía serle rentable más adelante.

Le sorprendió el sentimiento de camaradería que había entre esas mujeres. No tenía nada que ver con el ambiente en el bufete de sus padres ni con el de la agencia de investigación.

Volvió a su mesa a la una y Jordan regresó quince minutos más tarde. No salió de su despacho en todo el día, así que no tuvo otra oportunidad para investigar. Aprovechó para adelantar gran parte del trabajo que estaba retrasado. Estaba tan absorta en la tarea que Jordan tuvo que recordarle que ya eran las siete y media.

–Lo siento, perdí la noción del tiempo –le dijo ella.

–No se disculpe –repuso Jordan desde la puerta–. La mayoría de los trabajadores temporales se van a las cinco en punto. Si quería impresionarme, lo ha conseguido.

Apagó el ordenador, se puso los zapatos de nuevo y se levantó.

–Bueno, ¿cómo crees que ha ido tu primer día? –le preguntó Jordan.

–A pesar de haberle tirado el café encima a mi nuevo jefe, creo que no ha ido del todo mal.

Tomó el abrigo para ponérselo, pero Jordan se adelantó para ayudarla. Fue un detalle muy caballeroso y se preguntó si lo haría también con su secretaria.

–Gracias –repuso ella–. Bueno, hasta mañana.

–Te acompaño.

–Pero no hace falta...

–Voy a estar aquí un par de horas más, me vendrá bien un descanso de unos minutos –le dijo Jordan mientras señalaba la puerta–. Tú primero, por favor.

Le ponía bastante nerviosa saber que iba a estar a solas con él en el ascensor. No estaba acostumbrada a tratar con hombres tan atractivos ni tan seductores. No sabía qué haría si él tratara de iniciar algo con ella.

Jen ya no estaba en recepción y vio que había otro guardia de seguridad junto al ascensor.

–Jane, te presento a George Henderson, el guardia de noche. George, esta es la señorita Monroe. Estará trabajando para mí hasta que Tiffany regrese de su baja maternal.

–Encantado, señorita –le dijo George.

Jordan pulsó el botón del ascensor y se abrió casi de inmediato. Entró ella antes y se apoyó contra la pared del fondo. Jordan se colocó a su lado.

Cuando las puertas se cerraron, se quedó sin aliento, como si esperara que Jordan hiciera algo tan drástico como tomarla entre sus brazos y besarla hasta dejarla sin sentido.

–¿Todo bien? –le preguntó Jordan mientras la miraba con el ceño fruncido.

–Sí, todo bien.

–¿Tienes algo en mente?

Ella negó con la cabeza.

–No.

–¿Cómo están tus pies?

–Me empiezan a doler de nuevo –le confesó ella.

–Será mejor que elijas mejor el calzado para mañana. Además,

me gustas más un poco más baja –le dijo con una sonrisa–. Me intimidan las mujeres altas.

Dudaba que alguien pudiera llegar a intimidar a Jordan Everette.

–¿Vives cerca? –le preguntó él.

–Bueno, no demasiado lejos. A unos quince minutos.

–Ten cuidado con el coche. Ya no llueve, pero puede que haya hielo en la carretera.

–Lo tendré.

Se abrieron las puertas cuando llegaron al vestíbulo. Pensó que se iba a despedir ya de ella, pero salió del ascensor y fueron hasta la entrada.

–Bueno, gracias por acompañarme –le dijo ella entonces.

–Ya que he llegado hasta aquí, iré hasta el coche contigo –repuso Jordan.

Capítulo cinco

No podía creer que Jordan quisiera acompañarla hasta el coche.

–Pero hace mucho frío ahí fuera y no tiene su abrigo –le dijo Jane.

Jordan se encogió de hombros, como si no le importara.

–Me vendrá bien un poco de aire fresco.

Salió muy nerviosa y él la siguió. El viento no soplaba con tanta fuerza, pero la temperatura había bajado.

–Aparqué en la parte de atrás.

–Te sigo –le dijo Jordan.

Caminaba junto a ella y cada vez le latía con más fuerza el corazón.

–¿Hay alguna razón para que estés tan nerviosa? –le preguntó Jordan de repente.

–¿Hay alguna razón por la que debería estarlo?

Jordan sonrió.

–¿Es porque te estoy acompañando al coche?

–¿Siempre acompaña a su secretaria? –le preguntó ella.

–¿Te sorprendería que te dijera que sí?

–¿Le sorprendería que me sorprendiera?

Él se echó a reír.

–¿Siempre respondes a una pregunta con otra?

–Corríjame si me equivoco, pero ¿no está haciendo usted lo mismo?

Jordan se rio de nuevo.

–A lo mejor pienso que eres una secretaria estupenda y me preocupa que te tuerzas un tobillo con esos tacones tan altos. No me gustaría tener que contratar a otra.

Vio que se sorprendía al ver su coche.

–No es el tipo de vehículo que esperaba.

–Me lo regalaron cuando terminé los estudios.

No le dijo que había estudiado Derecho, no le convenía que lo supiera. Sus padres le habían regalado un coche a cada hijo, a ella,

la práctica y simple Jane, un Volvo tipo ranchera de color blanco.

Abrió la puerta y se puso detrás de ella, usándola como barrera entre los dos.

–Bueno, hasta mañana –le dijo ella.

–No contestaste mi pregunta.

–¿Cuál?

–¿Por qué estás tan nerviosa?

–¿Quién dice que lo esté?

Él sonrió y sintió que le temblaban las rodillas. Aunque tenía la puerta entre ellos dos, lo sentía demasiado cerca. Invadía su espacio aunque estuviera a metro y medio de distancia.

–Se te da muy bien no responder a las preguntas –murmuró Jordan.

Como abogada, tenía mucha práctica.

–Y sé que estás nerviosa.

Jordan se acercó un poco más a ella y apoyó las manos en la parte superior de la puerta, a ambos lados de las de ella. Le entraron ganas de apartarlas, pero no lo hizo.

–No me tengas miedo –le dijo Jordan–. Soy inofensivo.

–No tengo miedo –mintió ella.

–Entonces, ¿por qué te escondes tras la puerta del coche?

–Puede que, simplemente, usted no me guste –repuso ella con voz temblorosa.

–No, no puede ser. Mírame, soy guapo y rico.

–Y modesto.

–Eso es –le dijo Jordan sonriendo–. ¿Qué más se puede pedir? Admítelo –insistió Jordan–. Te gusto.

Sabía que no debía gustarle, no tenía sentido. Pero Jordan estaba en lo cierto, le gustaba.

–Es mi jefe... –susurró ella.

Jordan la miró a los ojos.

–Aquí afuera no lo soy.

Trató de apartar la mirada, pero no pudo. Jordan le rozó las manos con los pulgares y sintió una oleada de sensaciones por todo el cuerpo. Si la puerta del coche no hubiera estado entre ellos...

–Te-tengo que irme a casa –tartamudeó ella.

–No quieres irte a casa.

Vio que se acercaba más, iba a besarla. No podía creerlo.

Sabía que debía apartarse de él o salir corriendo, pero hizo lo contrario. Se acercó más a él, levantó la barbilla y cerró los ojos. Su rostro estaba tan cerca que podía sentir el calor de su aliento contra los labios. Contuvo el aliento… De repente, sintió que Jordan acercaba la boca a su oído.

–Sí, te gusto –le susurró.

Sintió que él soltaba la puerta del coche y, cuando reaccionó y abrió los ojos Jordan ya se alejaba de allí.

Jordan caminó deprisa hacia el edificio. Tenía el pulso acelerado. Y, a pesar del frío, estaba sudando.

Su intención había sido tontear un poco con Jane y jugar con ella, pero había estado a punto de besarla. No recordaba cuándo había sido la última vez que se había sentido así de excitado ante la perspectiva de simplemente besar a una mujer.

Sacudió la cabeza desesperado y se rio de sí mismo.

Llegaba ya al edificio cuando escuchó el motor del coche de Jane. Pocos segundos después, pasó a su lado, pero resistió la tentación de darse la vuelta y mirarla una vez más.

Abrió la puerta y fue directo hacia el guardia de seguridad.

–Hola, Joe. ¿Tienes un bolígrafo?

–Claro que sí, señor Everette –repuso el guardia–. ¿Hoy también se va a quedar hasta tarde?

–Me temo que sí –repuso mientras se apuntaba la matrícula de Jane en la palma de su mano–. Gracias –agregó devolviéndole el bolígrafo.

Llevaba todo el día preguntándose si de verdad se llamaría Jane Monroe y estaba a punto de averiguarlo.

Se sentó frente al ordenador. Escribió la matrícula de Jane y consiguió en cuestión de segundos lo que buscaba.

Vio que realmente se llamaba Jane Monroe. Apareció su dirección personal y la apuntó en un papel por si llegaba a necesitarla. Tal y como ella le había asegurado, estaba a unos quince minutos de allí. También pudo ver su fecha de nacimiento y le sorprendió que su cumpleaños fuera al día siguiente.

Abrió una nueva página y metió su nombre. Había una Jane Monroe en El Paso, Texas. Era la primera de la lista, pero vio que

era abogada.

Tecleó entonces «Jane Monroe, abogada» y consiguió la web de un pequeño bufete familiar que también estaba allí, en El Paso. Se llamaba Grupo Legal Monroe.

Había una foto de la familia. Vio una pareja mayor que debían de ser los padres, dos hijos y dos hijas. Una de las hijas tenía el pelo oscuro y era muy atractiva, pero no se parecía en nada a Jane. La otra parecía muy tímida y seria. Tenía el pelo castaño y lo llevaba suelto. Unas grandes gafas le tapaban casi toda la cara. Llevaba un traje gris de corte recto. No era fea pero, en comparación con el resto de la familia, parecía casi invisible. Pero había algo en ella... Algo en la forma de su cara y en esa boca...

La miró más de cerca. Se dio cuenta de que reconocería esos labios en cualquier lugar. La mujer de la foto era Jane.

Se echó hacia atrás en su silla sacudiendo la cabeza. Le parecía increíble que la mujer de la foto fuera la bella rubia que tenía por secretaria. Pero, si era una abogada en ese bufete, no entendía por qué estaba trabajando para Servicios de Investigación Edwin.

Revisó los perfiles individuales de la familia Monroe, pero vio que el de ella no estaba. Pensó que quizás hubiera dejado la empresa y no hubieran tenido tiempo de cambiar la foto aún.

Probó a buscar más información, pero no encontró nada más. Supuso que su carrera como abogada no había sido demasiado brillante y que por eso habría dejado el bufete.

Suspiró frustrado.

Jordan abrió el historial de su navegador y borró todas las páginas que había visitado.

Ir al trabajo a la mañana siguiente, después de haber estado a punto de besar a Jordan en el aparcamiento, estaba siendo más difícil para Jane de lo que había esperado. Aunque nadie los había visto allí, tenía la sensación de que todos la miraban como si supieran algo.

Sabía que era fruto de su imaginación, pero no había dormido nada y la cabeza no le funcionaba al cien por cien.

Se unió al grupo de gente que esperaba al ascensor y entraron todos juntos. Se apoyó en la pared del fondo, en el mismo sitio en el

que había estado la noche anterior con Jordan.

Lo más duro había sido darse cuenta de que, si de verdad la hubiera besado, se lo habría permitido. Y ella no era esa clase de mujer. No besaba a alguien que acababa de conocer.

Pero nunca se había sentido tan atractiva como cuando Jordan le acarició los dedos y la miró a los ojos ni tan confundida como cuando él la dejó y se dio la vuelta.

Sentía que había hecho el ridículo y que se lo había puesto demasiado fácil. Su único consuelo había sido llegar a casa y ver el archivo que le habían enviado desde la agencia. Fue así como descubrió que Jordan Everette no había sido siempre tan encantador, guapo y seguro de sí mismo como lo era en la actualidad.

De acuerdo con su expediente, había sido un joven enclenque, torpe y poco sociable, pero con el intelecto de un niño superdotado. Había sacado matrículas de honor en el instituto. Después, había estudiado en una de las mejores universidades del país. Allí consiguió terminar los estudios de Económicas en año y medio y se aficionó al levantamiento de pesas.

A los veintiún años heredó un fondo fiduciario que invirtió inmediatamente y consiguió multiplicar rápidamente en pocos años. Podría haber vivido de las rentas sin trabajar, pero había preferido unirse a la multinacional Western Oil, donde había ascendido a gran velocidad.

El director general tenía planes de renunciar pronto a su cargo y Jen le había comentado el día anterior mientras comían que Jordan tenía muchas posibilidades de sucederle. Siempre y cuando no fuera culpable del sabotaje, por supuesto.

Se abrieron las puertas del ascensor y salió. Mostró su placa y saludó a Jen de camino a su despacho.

–¡Qué zapatos más bonitos llevas! –exclamó la recepcionista mientras los miraba.

–Gracias –repuso ella.

Se había gastado mucho dinero en ellos pero, aunque eran también de tacón muy alto, no le hacían daño en los pies.

–¿Ha llegado ya el señor Everette?

–A las ocho en punto –le dijo Jen.

–Estupendo –repuso ella tratando de sonreír.

–¡Se me olvidaba! ¡Feliz cumpleaños!

Se quedó inmóvil al oírlo.

–¿Cómo sabes que es mi cumpleaños?

Jen sonrió enigmáticamente.

–Ya lo verás.

Siguió hasta su despacho con un nudo en el estómago. Se quedó parada al entrar en la oficina. Sobre la mesa había un ramo enorme de rosas amarillas con un globo de helio atado al centro.

Fue directa a las flores para aspirar su dulce aroma. No había ninguna tarjeta.

Levantó la vista al oír su voz. Jordan la miraba desde la puerta de su despacho y comenzó a latirle con fuerza el corazón.

Había tratado de convencerse durante toda la noche de que en realidad no era tan guapo ni encantador, pero era aún peor de lo que recordaba. Sabía que si en ese momento se acercaba a ella y la besaba apasionadamente, no haría nada para detenerlo.

–¿Las ha comprado usted? –le preguntó ella.

–Así es.

Si estaba tratando de seducirla con esos detalles, su plan estaba funcionando muy bien.

–Son preciosas. ¿Cómo sabía que era mi cumpleaños?

–Podría decírtelo, pero después tendría que matarte.

–Bueno, gracias. Me encantan.

–No te quites el abrigo –le dijo Jordan al ver que se lo desabrochaba.

–¿Por qué no?

–Porque nos vamos.

Capítulo seis

Jane no entendía nada.

–¿Cómo? ¿Adónde vamos? –le preguntó ella.

–A la refinería. Ya te dije que te llevaría conmigo en mi siguiente visita.

Miró todos los documentos y carpetas que tenía en la mesa.

–Pero tengo mucho trabajo...

–Puede esperar.

–Pero... –protestó ella.

–Voy a por mi abrigo. Nos está esperando ya el chófer de la limusina.

No iba a aceptar una negativa. Iba a estar metida en un coche con él y, después de lo que había estado a punto de pasar la noche anterior, se le aceleró el pulso.

–Vámonos –le dijo Jordan cuando salió del despacho.

Recogió su bolso y lo siguió hasta el ascensor.

–¿Puedes contestar mis llamadas? –le pidió Jordan a Jen cuando pasaron por recepción–. Voy a llevar a Jane a la refinería. Volveremos por la tarde.

–De acuerdo, señor Everette –repuso la recepcionista.

No entendía por qué iban a estar tanto tiempo fuera de la oficina, le parecían demasiadas horas para enseñarle la refinería.

Entraron en el ascensor y, cuando se cerraron las puertas, se quedó sin respiración. Le pareció que Jordan volvía a colocarse demasiado cerca de ella.

Afortunadamente, el teléfono móvil comenzó a sonar. Jordan se lo sacó del bolsillo y la miró.

–Perdona, tengo que contestar.

Suspiró aliviada al ver que iba a estar entretenido. Jordan estuvo hablando hasta que llegaron a la limusina que los esperaba frente a la puerta. Ella se metió primero y se sentó de espaldas al conductor. Jordan se acomodó justo frente a ella. Todavía estaba hablando por teléfono cuando el coche se puso en marcha.

Se distrajo mirando por la ventana de la limusina y viendo pasar la ciudad. De repente, se sintió muy triste. Creía que, por mucho que hubiera cambiado su exterior, seguía siendo la misma Jane del instituto.

–Un penique por tus pensamientos.

Se giró y vio que Jordan estaba mirándola. Había estado tan perdida en sus pensamientos que no se había dado cuenta de que ya no estaba al teléfono.

–Parece que hoy también va a llover –murmuró ella.

–Nunca he visto a alguien entristecerse tanto ante la posibilidad de lluvia.

Le sorprendió que se hubiera dado cuenta.

–¿Tienes algún plan especial para esta noche? –le preguntó su jefe.

–¿Un plan?

–Sí, para celebrar tu cumpleaños.

–No, esta noche no. Pero cenaré con mi familia el viernes.

–¿Tienes hermanos?

–Sí. Dos hermanos y una hermana.

–¿Mayores que tú o más jóvenes?

No entendía por qué tenía de repente interés por su familia. Eso le hizo recordar que era ella la que debía tratar de sacarle información.

–Yo soy la pequeña.

Él asintió como si la entendiera perfectamente.

–Sé muy bien lo que es eso.

–¿Solo tiene un hermano? –le preguntó ella como si no supiera la respuesta.

–Sí, solo Nathan. Aún no sé por qué mi madre decidió tener hijos, pero sí, somos dos. No es la mujer más maternal del mundo.

–La mía ha sido una especie de súpermadre. Tenía una carrera a tiempo completo y encontraba aun así tiempo para ayudarnos con nuestros deberes en casa.

–Ya hemos llegado. Ahí está –le dijo de repente Jordan mientras señalaba algo.

Vio que se acercaban ya a la refinería.

Había pasado por allí muchas veces, pero nunca había entrado. Tenía un tamaño descomunal, con decenas de postes, torres y un

laberinto de tuberías a su alrededor.

–Está a cargo de todo esto, ¿no? –le preguntó ella.

–Así es –repuso Jordan sonriendo.

Se dio cuenta de que estaba orgulloso de su trabajo.

–Pero no lo hago solo. Tengo un equipo estupendo –le dijo mientras señalaba un edificio en el extremo sur del complejo–. Ese es nuestro centro de investigación. Tenemos a los mejores científicos en el campo de los combustibles alternativos y dedicamos más dinero al año en el desarrollo de biocombustibles que cualquiera de nuestros competidores. Estoy particularmente interesado en el uso de algas como fuente de energía alternativa. Incluso estamos considerando cambiar el nombre de la empresa para reflejar estos cambios.

No tenía ni idea de que Western Oil fuera una empresa tan versátil.

–Parece que de verdad ama su trabajo –comentó ella.

–Es un sector muy importante ahora mismo.

–¿Por qué decidió trabajar para una empresa petrolera?

–Por mi hermano.

–¿Quería seguir sus pasos?

–No. En realidad, lo hice para molestarlo.

Su respuesta le sorprendió y él se echó a reír.

–Bueno, no fue la única razón. Me lo tomé como un primer paso en mi carrera, pero he descubierto que me gusta más de lo que esperaba. Y soy muy bueno. Lo suficientemente bueno como para convertirme en el próximo director general.

–Parece muy seguro.

–Porque lo estoy.

–¿No le molesta competir por ese puesto con su propio hermano?

La miró directamente a los ojos y ella se quedó sin respiración.

–Cuando quieres algo de verdad, hay que ir tras ello. ¿No te parece?

Era una pregunta que implicaba más de lo que decía. En el pasado, se habría retraído aún más al oír algo así, pero contestó sin pensar en ello.

–Supongo que eso depende de lo que quiera uno.

Jordan sonrió.

Se detuvo la limusina y salieron del vehículo. Fue un alivio porque le estaba costando mucho pensar en contestaciones ingeniosas para lidiar con ese hombre.

Había supuesto que Jordan encargaría a alguien que le mostrara la refinería mientras él se ocupaba de otros asuntos, pero lo hizo personalmente.

Le pareció un sitio fascinante y muy complicado. Todos los empleados parecían apreciar a Jordan y se dio cuenta de que el sentimiento era mutuo. Saludó calurosamente a los trabajadores, les daba la mano y se dirigía a ellos por su nombre. Le impresionó también que supiera tanto del funcionamiento interno de la planta.

Cuando terminó de mostrarle la refinería, sabía más sobre petróleo de lo que habría creído posible. Cada vez le costaba más imaginar que pudiera haber hecho algo que causara daños en la planta o en la gente.

–Bueno, ¿qué te ha parecido? –le preguntó cuando volvían a las oficinas en la limusina.

–La verdad es que me ha gustado, nunca pensé que una refinería pudiera ser tan interesante.

–Hoy no hemos tenido tiempo, pero otro día te llevaré al laboratorio de investigación. Allí es donde está de verdad la magia de ese sitio.

–¿También está usted a cargo de la investigación?

–No, de eso se ocupa mi hermano, pero me encanta pasarme por allí. De no haber estudiado Económicas, me habría decidido por algo en el campo de las ciencias.

–¿Por qué eligió Económicas?

–Porque es una carrera más lucrativa y se me dan bien los negocios.

Sonó de nuevo su teléfono móvil. Se disculpó y contestó la llamada.

Ella se distrajo mirando por la ventana mientras hablaba. Se dio cuenta entonces de que no iban de vuelta a las oficinas centrales. O el chófer se había perdido o Jordan tenía que ir a algún otro sitio. Pocos minutos después, se detuvieron frente al Café du Soleil, uno de los restaurantes franceses más caros de la ciudad. Supuso que tendría una comida de negocios y que el chófer la llevaría a ella a las oficinas.

Jordan terminó de hablar justo cuando el chófer les abría la puerta.

–Las damas primero –le dijo.

–¿Cómo?

–Supongo que podríamos comer en el coche, pero es mucho más bonito dentro.

No podía creerlo.

–¿Vamos a comer aquí? ¿Juntos? –preguntó algo confusa.

–¿Acaso te avergüenza que te vean conmigo?

–¡No! –replicó ella riéndose–. Por supuesto que no, pero es que...

–Es tu cumpleaños y, como no tienes planes para esta noche, te mereces una buena comida.

–Es muy amable por su parte, pero no tiene que hacerlo...

–No tengo que hacerlo, pero quiero hacerlo –le aseguró Jordan.

Salieron de la limusina y fueron hacia la puerta.

–Señor Everette –lo saludó una camarera con acento francés–. Me alegra verlo de vuelta.

Recogió los abrigos y los acompañó a una de las mesas. Miró a su alrededor. No vio a nadie conocido, pero no se le pasó por alto que casi todas las mujeres miraban a Jordan.

No le extrañaba; ella habría hecho lo mismo.

–Enseguida viene James a atenderlos –les dijo la camarera.

El camarero no tardó en aparecer. Él también conocía a Jordan. Les dijo cuáles eran los platos especiales del día y tomó nota de las bebidas.

–¿No quieres una copa de vino? –le preguntó su jefe al ver que pedía agua–. O mejor aún, pide champán. Es tu cumpleaños.

–No debería. Estoy trabajando –repuso ella.

–Prometo no decírselo a tu jefe –le dijo sonriendo.

–De acuerdo, me encantaría tomar un poco de champán.

Jordan pidió una botella y el camarero los dejó para ir a buscarla.

–Supongo que come aquí a menudo, señor Everette –le dijo ella.

–Lo bastante para saber que el *boeuf bourguignon* es delicioso.

Miró el menú, todo estaba escrito en francés y no entendía nada.

–Entonces, creo que lo probaré –repuso mientras dejaba la carta en la mesa.

–Tengo una idea –le dijo él–. ¿Qué te parece si, cuando no

estemos en la oficina, me llamas Jordan?

–Está bien, Jordan –repuso ella.

Era raro usar su nombre de pila, le parecía un trato muy personal, casi íntimo.

–¿Tiffany también usa tu nombre de pila cuando no estáis en la oficina?

Él sonrió.

–No. Y, en respuesta a tu próxima pregunta, tampoco la he invitado nunca a comer conmigo.

–Esa no iba a ser mi siguiente pregunta –protestó ella.

–Bueno, me imagino que ibas a hacérmela tarde o temprano.

Volvió James con el champán y se lo sirvió a los dos.

–Un brindis por tu cumpleaños –le dijo Jordan cuando se quedaron solos mientras levantaba su copa–. ¿Cuántos cumples? ¿Veintitrés?

A Jordan se le daba muy bien conseguir que una chica se sintiera halagada.

–Veinte y nueve –repuso ella.

–¿En serio? No aparentas más de veinticinco años.

Brindaron y tomó un sorbo de champán. Estaba delicioso.

–Entonces, ¿cuál iba a ser tu siguiente pregunta?

Abrió la boca para contestar, pero vio a un hombre que iba hacia ella. Se quedó sin aliento. Le entraron ganas de esconderse bajo la mesa. No podía creerlo.

–¿Jane? –la llamó Jordan con el ceño fruncido–. ¿Estás bien?

El hombre pasó junto a la mesa. La miró brevemente y ella contuvo el aliento. Después, volvió a mirarla y se detuvo en seco.

Se le cayó el alma a los pies.

–¿Jane? ¿Eres tú?

Capítulo siete

Jane maldijo en silencio, pero se esforzó por mostrar una sonrisa agradable, pero de cierta indiferencia.

–¡Ah! Hola, Drake.

Su exnovio la miró de arriba abajo y se echó a reír.

–Dios mío, casi no te reconozco. Estás... Vaya... ¡Estás muy cambiada!

No le extrañó que le sorprendiera su aspecto. Siempre había sido una mujer gris e invisible. Los hombres no se fijaban en ella. Pero Drake tampoco era ninguna maravilla. No era alto ni fuerte. No era feo, pero tampoco demasiado guapo. Y vio que había perdido ya mucho pelo.

–¿Cómo estás? ¿Qué tal todo? –le preguntó ella.

–¡Muy bien! No sé si te has enterado, pero Megan y yo estamos comprometidos. Ya tenemos fecha para esta primavera.

–Felicidades –repuso ella.

Sabía que estaba mejor sin él, pero no le gustó oír que se casaba. Habían pasado cinco años juntos, incluso habían compartido casa durante los últimos dos años, pero Drake nunca llegó a hablarle de matrimonio.

Y, después de solo nueve meses con Megan, había decidido que quería casarse.

Drake siempre se había quejado de que Jane no le amaba lo suficiente y que ponía su carrera por delante de su relación. Había llegado a la conclusión de que tenía razón.

La verdad era que se había conformado con él porque pensaba que no podría conseguir a nadie mejor y se había dado cuenta después de que la situación no era justa para ninguno de los dos. Necesitaba a alguien que adorara el suelo que ella pisaba. Alguien que la quisiera de verdad.

–La verdad es que me cuesta creer que seas tú... ¡Qué cambio! –insistió Drake.

Drake miró entonces a Jordan. Este los observaba a los dos como

si estuviera divirtiéndose mucho.

–Perdone, ¿usted es...?

–Soy Jordan Everette –repuso su jefe sin darle más datos sobre la relación que tenía con ella.

–Drake Cunningham –lo saludó su ex– del bufete Cruz, Whitford y Taylor.

Jordan no dijo nada. Le gustó que no necesitara declarar su trabajo ni su puesto para demostrar su valía. Se limitó a asentir cortésmente.

–Fui a la universidad con Jane –anunció Drake mientras ella dejaba de respirar temiéndose lo peor–. A la facultad de Derecho.

Jordan la miró con sorpresa.

–¿En serio?

–Ya me dijeron que dejaste el bufete de tu familia, pero no sé qué haces ahora –le dijo Drake.

–La verdad es que he decidido dejar la abogacía, al menos de momento –repuso ella.

–Lo entiendo. Es un mundo implacable y no todos pueden soportar la presión.

Apretó los dientes. Le habría encantado darle una patada en la espinilla.

–Bueno –comentó Drake mirando su reloj–. Tengo una reunión. Me alegra verte de nuevo. Supongo que nos veremos en la fiesta.

–¿Qué fiesta? –preguntó Jordan.

–Algunos compañeros de la universidad nos reunimos una vez al año –le dijo Drake.

–No sabía que ibas a ir –murmuró Jane.

De hecho, había aceptado ir porque no había visto el nombre de Drake.

–No iba a hacerlo, tenía un viaje de negocios. Pero al final se ha suspendido y podré ir –le dijo con amabilidad mientras le tocaba el hombro–. Pero si crees que será difícil para ti...

–No, por supuesto que no –replicó ella.

–Muy bien, entonces allí te veremos.

Vio que no iba a tener siquiera la delicadeza de ir sin su prometida.

Drake le dio otra palmadita condescendiente en el hombro y se alejó. Jane tomó su copa de champán y se lo terminó de un trago.

–Por favor, dime que no saliste con ese tipo –le dijo Jordan.

Se limitó a mirarlo a los ojos.

–¿En serio? Es un idiota arrogante y con ese aspecto... No te llega ni a la suela de los zapatos.

–Estuvimos juntos durante cinco años.

Jordan la miró como si estuviera decepcionado con ella.

–Bueno, al menos recuperaste a tiempo el sentido común.

–La verdad es que fue él quien me dejó por Megan hace nueve meses –le confesó ella.

–Pero dime que lo has superado. Te mereces a alguien muchísimo mejor, de verdad.

–Sí, por supuesto que lo he superado, nunca fue el amor de mi vida. Pero... No sé, supongo que me siento algo traicionada. Yo fui quien le presentó a Megan.

–¿Ella también es abogada?

–No, es una peluquera de perros.

Jordan abrió mucho los ojos al oírlo.

–Teníamos un perro muy peludo, un Bichón Frisé, y lo llevaba a su peluquería para arreglarle el pelo. Cuando Drake me dejó, me cambié de piso y allí no admitían mascotas. Así que ella se quedó con mi novio y con mi perro.

–Aunque hayas perdido al perro, creo que sales ganando.

Sabía que tenía razón. Nunca habría sido feliz con Drake.

–Así que eres abogada... –comentó entonces Jordan.

No podía negarlo.

–Como mis padres y mis hermanos. Todos son abogados y, por supuesto, también yo tuve que estudiar Derecho.

–Supongo que no les agrada que hayas decidido dejar la abogacía, ¿no? –adivinó Jordan.

–La verdad es que no saben que lo he dejado. Les he dicho que estoy trabajando en el departamento legal de Tecnologías Andersen, una pequeña empresa de El Paso. Es más fácil para todos.

Apareció el camarero con las ensaladas y les rellenó la copa.

Se tomó un buen sorbo. Se dio cuenta de que las cosas podrían haber salido mucho peor, pero se veía capaz de salir airosa de la situación.

–¿Cuándo es esa fiesta de tus compañeros de la universidad? –le preguntó Jordan.

–Dentro de unas semanas, pero no voy a ir.

–¿Por qué no?

–Porque tendría que ir yo sola mientras Drake se pavonea con su prometida del brazo. Sería demasiado humillante.

–Eso tiene fácil arreglo. No vayas sola.

–Es una buena idea, pero ahora mismo no estoy saliendo con nadie.

–Ve con un amigo.

–Casi todos eran amigos de Drake antes de que nos conociéramos, así que también los he perdido a ellos.

Jordan la miró y se encogió de hombros.

–En ese caso, llévame a mí.

Jane abrió la boca al oírlo y Jordan tuvo que contenerse para no sonreír.

–¿Que te lleve a ti? –repitió atónita.

–¡Claro! ¿Por qué no? Me gustan las fiestas.

–Te agradezco el gesto, pero no puedo pedirte que hagas eso.

–No me lo has pedido, me he ofrecido yo.

Ella negó con la cabeza.

–No puedo.

–Jane, ese hombre está disfrutando demasiado pensando que aún bebes los vientos por él. Necesita ver que la realidad es muy distinta.

–Es que, desafortunadamente, tiene razón. Menos en lo de beber los vientos por él, claro. No me parece bien llevar a mi jefe a una fiesta.

–No tienen por qué saber que soy tu jefe.

Ella se lamió los labios con nerviosismo.

–Y, ¿qué se supone que debo decirles? ¿Que eres mi novio?

Su malestar le hizo sonreír. No tenía ni idea de lo atractiva que era.

–Tu novio, tu amante... Lo que quieras.

–Pero sería mentira...

Le sorprendió su respuesta. A Jane no parecía molestarle el hecho de que le estaba mintiendo a él sobre su verdadero trabajo y también a su familia.

–Bueno, no tenemos que decirle nada a nadie –le dijo él mientras le acariciaba la mano y le sonreía–. Además, los gestos hablan más que las palabras.

Jane separó los labios y apartó la mano. Parecía muy nerviosa.

–No. Drake nunca se creería que alguien como tú esté con alguien como yo.

–¿Por qué no?

–Porque... –comenzó Jane frunciendo el ceño–. No importa. Creo que es una mala idea y que es mejor que no vaya.

–Entonces, vas a dejar que gane él.

–No me importa, no es una competición. Ya no me importa lo que piense.

Pero sabía que eso también era mentira.

No podía comprender por qué, pero a Jane le importaba y por eso se había ofrecido a acompañarla. Vio cómo había palidecido cuando Drake se acercó a la mesa y supuso que temía que ese hombre echara a perder la tapadera. Pero el dolor en sus ojos cuando él le anunció su compromiso le había parecido muy real.

No tenía experiencia con relaciones largas, pero sí sabía lo que era ser abandonado por gente en la que creía que podía confiar.

Le molestaba que ese imbécil hubiera echado a perder su comida de cumpleaños. Después de cinco años juntos, ni siquiera había recordado qué día era para felicitarla.

Quería decirle lo que pensaba, pero Jane parecía haber tomado ya una decisión y algo le decía que era difícil hacerle cambiar de parecer.

Intentó bromear y animarla, pero Jane no estaba de humor y se limitó a jugar con la comida.

No sabía por qué le importaba tanto. Le gustaba Jane y le parecía increíble que no fuera consciente de su atractivo.

No le parecía bien atacarla cuando parecía estar pasándolo mal. No quería herirla, todo lo contrario.

Era obvio que había química entre lo dos. Pensaba que Jane necesitaba a alguien que le prestara un poco de atención, que le hiciera ver lo hermosa y deseable que era, alguien que le hiciera sentirse especial.

Aunque acostarse con ella era uno de sus objetivos, tenía muy claro que deseaba que lo que hubiera entre ellos fuera para

beneficio de los dos.

Sabía que iba a tener que ser él quien tomara la iniciativa y eso era toda una novedad. Además, suponía que no le preocupaba mucho el dinero. De otro modo, no habría dejado la abogacía para ser investigadora.

Jane le había estado mintiendo todo el tiempo, pero sabía que ese era su trabajo y que no tenía mala intención. Además, él tampoco estaba siendo demasiado honesto con ella.

Volvieron en silencio a la oficina.

Jane le dio las gracias por todo, pero apenas le dijo nada más durante el resto de la tarde. A las seis, llamó a la puerta de su despacho para decirle que se iba.

–¿Necesitas algo más antes de que me vaya?

Le pareció que seguía muy deprimida.

–Recuerda que él no vale la pena –le dijo Jordan.

–Lo sé. La verdad es que no sé por qué estoy así. Nunca quise casarme con él, creo que ni siquiera llegué a quererlo. A lo mejor es que soy una mala perdedora. Nada más.

–No dejes que eche a perder tu noche. Llama a una amiga y sal un rato. Haz algo divertido. Es tu cumpleaños.

–Lo haré –repuso ella con una sonrisa triste.

Sabía que le estaba mintiendo.

–Bueno, gracias de nuevo por todo.

–Ha sido un placer –repuso él.

–Hasta mañana.

Se le pasó por la cabeza acompañarla al coche, pero le sonó en ese instante el teléfono móvil. Vio con el ceño fruncido que era su madre. Aun así, respondió.

–Hola, mamá. ¿Qué tal?

–¿Has hablado con él? –le preguntó su madre.

–Pero si ya te llamé ayer para decirte que te ha invitado. ¿No lo recuerdas?

Ella guardó silencio durante varios segundos.

–No, si me hubieras llamado, lo recordaría. He estado en casa todo el día.

No entendía por qué le decía que había estado allí hoy si la llamada había sido el día anterior.

–Pues te llamé, mamá.

–Entonces, ¿me va a invitar?

Empezaba a perder la paciencia. No sabía por qué no lo escuchaba.

–Mamá, ¿estás bien?

–¡Li-limítate a con-contestar! –exclamó ella.

Hablaba con dificultad y lo entendió todo en ese instante. Estaba borracha. Pensó que a lo mejor había roto con su último novio.

–Sí, mamá, Nathan te ha invitado. Como te dije ayer, recibirás la invitación en cualquier momento, probablemente mañana.

–Y, ¿estará también Mark?

–¿Mark? –repitió él–. ¿Te refieres a Max, el hijo de Nathan?

–Eso es lo que he di-dicho –repuso.

Le costaba entender sus palabras. Se dio cuenta de que no tenía sentido continuar con una conversación que no iba a recordar al día siguiente.

–Mamá, me tengo que ir. Te llamaré mañana, ¿de acuerdo?

Ella murmuró algo incoherente y colgó.

Le pareció muy raro lo que acababa de pasar.

Su madre bebía de vez en cuando, pero solo en fiestas y cenas. Nunca la había visto en ese estado. Volvió a mirar la pantalla del ordenador y trató de concentrarse en su trabajo, pero no dejaba de pensar en Jane. Conocía bien a las mujeres y suponía que estaría sola en casa, comiendo helado de chocolate y viendo alguna película romántica.

Trató de convencerse de que no era su problema.

Pero él la había invitado a comer en el restaurante donde había tenido que ver a su exnovio. Creía que, de otro modo, estaría disfrutando de su cumpleaños y llegó a la conclusión de que, si Jane estaba mal, era por su culpa.

Maldijo entre dientes.

Solo había una manera de solucionar aquello, tenía que hacer las cosas bien.

Capítulo ocho

Jane no esperaba a nadie y le sorprendió oír el timbre a las siete y media. Dejó el cuenco con el helado y la cuchara en la mesa. Tomó el mando y paró la película que estaba viendo. Supuso que sería uno de sus hermanos, que había ido a felicitarla.

No le gustaba que se pasaran sin avisarla, pero esa noche necesitaba a alguien que la animara.

Llevaba una sudadera de la Universidad de Texas, los pantalones del pijama y unas zapatillas de peluche. Fue hasta la puerta y la abrió.

Durante un segundo, pensó que lo estaba imaginando, que se había quedado dormida en el sofá y estaba soñando con Jordan.

Llevaba el mismo traje de ese día y sostenía una caja en sus manos. No dejaba de sorprenderle lo atractivo que era y no entendía qué estaba haciendo allí.

Jordan la miró de arriba abajo.

–Me gustan tus zapatillas –comentó con una sonrisa.

Afortunadamente, aún seguía maquillada.

–No esperaba compañía.

–Aunque me prometiste que saldrías, no podía dejar de imaginarte viendo una película de chicas y ahogando tus penas en helado de chocolate.

Le encantó que le preocupara lo suficiente como para pasar por allí y ver si estaba bien. Sentía que estaba soñando.

–Bueno, en realidad es helado de caramelo y estaba viendo *Terminator*, que no es precisamente una película de chicas.

–El caso es que estás en casa en vez de haber salido a celebrar tu cumpleaños.

Le sorprendió que hubiera averiguado dónde vivía, pero imaginó que se lo habrían dicho los del departamento de Recursos Humanos. Por eso había sabido también que era su cumpleaños.

–Lo he dejado todo para venir a verte y animarte. ¿No vas a invitarme a pasar?

Sabía que eso era lo más educado, pero la mera idea de estar a solas con Jordan en su casa le cortaba el aliento.

–Claro, lo siento –le dijo mientras se echaba a un lado.

Miró rápidamente a su alrededor, pero cualquier evidencia de su verdadero trabajo estaba en la mesa de su habitación de invitados. No había nada más en el piso que la vinculara con la agencia. Ni siquiera en su dormitorio, aunque prefería no imaginarse allí con él.

–Por favor, pasa.

–Esto es para ti –le dijo Jordan mientras le entregaba la caja.

–Gracias.

Jordan se quitó el abrigo y lo colgó en el perchero junto a la puerta. Luego hizo lo mismo con su chaqueta. Se quedó mirándolo, sin saber qué decir ni qué hacer. Su primer objetivo era despertar el interés de Jordan y tenía claro que lo había conseguido. Pero no sabía qué hacer con él, cómo tomar el control de la situación. Creía que era demasiado hombre para ella.

Jordan se aflojó la corbata y se desabrochó el botón superior de la camisa. Después, se subió las mangas hasta los codos. Él se estaba poniendo cómodo y ella era un manojo de nervios. Su piso era pequeño, pero parecía más diminuto aún con él allí.

–¿No vas a abrirla? –le preguntó Jordan mientras miraba la caja.

Tardó un segundo en entender a qué se refería. Después, la abrió.

–¿Una tarta de cumpleaños?

–Supuse que no tendrías una y todo el mundo tiene que tener una tarta el día de su cumpleaños.

Hacía mucho que nadie tenía un detalle tan bonito con ella. No la habían llamado ni sus padres ni sus hermanos. Y ese hombre, al que apenas conocía, se había esforzado lo indecible para que su día fuera especial.

–Gracias, Jordan.

–Seguro que está buenísima con una taza de café.

Era lo menos que podía hacer. Llevó la caja a la cocina y la dejó en la encimera. Comenzó a preparar el café.

–¿Acabas de mudarte? –le preguntó Jordan mientras miraba a su alrededor.

–Llevo ya nueve meses aquí, pero no he tenido tiempo para decorar. Vendí casi todos mis muebles cuando me fui a vivir con

Drake, así que no he tenido mucho que llevarme cuando rompimos.

–Está buenísimo...

Se volvió al oírlo y se encontró a Jordan apoyado en la puerta de la cocina y comiéndose el helado que ella había dejado en el cuenco.

–Es mi sabor favorito –le confesó ella.

Vio que probaba un poco más y lamía la cuchara, sintió una oleada de calor por todo el cuerpo.

–¿Has decidido ya si vas a ir a la fiesta con tus compañeros de universidad?

–No he cambiado de opinión, Jordan.

–No me parece justo que te la pierdas por culpa de tu exnovio.

–Bueno, ya iré el año que viene.

Terminó de preparar el café y sirvió dos tazas. Se volvió con ellas sin saber que Jordan se le había acercado y estaba de pie tras ella. Se detuvo tan abruptamente que derramó parte del café y, como no podía ser de otro modo, le manchó la camisa.

–¡Oh, Dios mío! ¡Lo siento mucho!

Jordan miró la mancha en su camisa.

–Empiezo a pensar que lo haces a propósito.

Dejó las tazas y agarró un paño de cocina. Lo mojó y se lo entregó a él.

–A lo mejor, si la meto ahora mismo en la lavadora, se quitará la mancha –le dijo–. Si querías que me quitara la ropa, no tenías más que pedírmelo.

Se ruborizó al oírlo.

–No era mi... No era mi intención...

–Jane, estaba bromeando –la interrumpió Jordan–. Vine para animarte y estás hecha un manojo de nervios.

Sabía que tenía razón. No entendía por qué estaba tan nerviosa, como si Jordan fuera a atacarla o algo así. No sabía por qué no podía relajarse cuando estaba con él.

–Lo siento –le dijo ella.

–A lo mejor sería mejor que me fuera...

–¡No! –protestó ella con demasiada fuerza–. Lo que quiero decir es que puedes irte si quieres, pero no tienes que hacerlo.

–¿Qué es lo que hago para que te pongas tan nerviosa?

–No lo sé. Supongo que esto no se me da demasiado bien...

–¿De qué hablas?

–De... De esta especie de coqueteo... Porque eso es lo que estamos haciendo, ¿no? Quiero decir, no me lo estoy imaginando, ¿no?

Jordan sonrió.

–No, no te estás imaginando nada. Y para que conste, se te da muy bien coquetear.

–No estoy acostumbrada a estar con hombres como tú.

–Jane, has pasado todo el día conmigo y estabas bien.

–Sí, pero había más gente alrededor.

–Entonces, es estar a solas conmigo lo que te pone nerviosa.

Ella asintió con la cabeza.

–Porque te has dado cuenta de que hay química, ¿verdad?

–Porque eres mi jefe.

–Ya te lo dije anoche, no soy tu jefe cuando no estamos en el trabajo.

No, pero él seguía siendo el objeto de su investigación y cada vez le costaba más ser imparcial.

–Podría perder mi trabajo.

–No voy a dejar que eso suceda. Jane, ¿te gusto?

–Sí, me gustas, pero...

–Y tú también me gustas.

No podía creerlo y estuvo a punto de decírselo. Creía que era solo su apariencia lo que le gustaba de ella.

–Apenas me conoces.

–Y ¿es demasiado pedir que me des la oportunidad de conocerte?

Se mordió el labio inferior. No sabía qué hacer. Aunque no lo entendía, Jordan parecía estar interesado en ella. Sabía que podía utilizarlo en su beneficio.

–De acuerdo –susurró ella.

–¿Estás segura?

–Sí, pero con una condición. Nadie puede saberlo. Cuando estemos en el trabajo, soy tu secretaria, nada más. Y también será así en el aparcamiento.

–Está bien, pero yo también tengo una condición: tienes que dejar de tenerme miedo.

–Lo intentaré.

–Muy bien. Será más fácil si rompemos el hielo.

–¿Cómo?

–Creo que debería darte un beso.

Eso no iba a conseguir tranquilizarla. Todo lo contrario. La mera idea le había acelerado de manera instantánea el corazón. No solo porque le excitara la idea de besarle, sino porque sabía además que lo tenía prohibido.

–Jordan...

–Solo uno, uno pequeño. Te sentirás mucho mejor, confía en mí –le dijo Jordan mientras alargaba hacia ella las manos–. Ven aquí.

Cada vez estaba más nerviosa.

–No muerdo –le dijo Jordan–. A no ser que quieras que lo haga –añadió sonriendo.

No estaba consiguiendo tranquilizarla y él se dio cuenta.

–Lo siento, no haré más bromas. Ven aquí.

Respiró profundamente.

«Vamos, Jane. Puedes hacerlo», se dijo para animarse.

Dio un paso hacia él y le tomó las manos sin poder dejar de temblar. Sin los zapatos de tacón era bastante más baja que él. Tenía frente a ella el nudo de su corbata.

–Jane, mírame.

Levantó hacia él los ojos y se quedó hipnotizada.

Él tiró suavemente de las manos, atrayéndola más cerca de su cuerpo. El corazón le latía tan rápido que no podía respirar.

Jordan bajó la cabeza y se inclinó hacia ella. Levantó la barbilla y se encontraron a medio camino. Cerró los ojos y sintió cómo se rozaban sus labios.

No podía creerlo, estaba besando a Jordan Everette. Era... Era perfecto.

Si un beso dulce y suave como ese era tan increíble, no quería ni pensar en cómo sería un beso de verdad. Pero prefería no imaginárselo, sino vivirlo en primera persona.

Jordan tenía razón. Eran muchas las cosas que estaba sintiendo en ese momento, pero ya no estaba nerviosa.

Él se apartó y la miró a los ojos.

–Ya sé que acordamos que solo sería un beso, pero creo que aún estás nerviosa...

Jordan la soltó y, cuando atrapó su cara entre las manos,

comenzaron a temblarle las rodillas. Esa vez, cuando la besó, lo hizo de verdad, con mucha más pasión.

No era la primera vez que la besaban, pero era la primera vez que la besaban así.

Se atrevió a acercarse a él y apoyó las manos en su torso. Podía sentir sus músculos bajo la camisa. A Jordan debió de gustarle que lo tocara porque sintió que gemía sin dejar de besarla.

Él bajó la mano por su espalda y la acercó más a él. Por un lado, sentía que estaba demasiado cerca, por otro lado, sentía que necesitaba estar más cerca aún.

Una de sus manos se deslizó bajo la sudadera y se estremeció al sentir la mano de Jordan en su piel desnuda. Pero notó algo de repente contra su muslo que vibraba como si tuviera una abeja en el bolsillo. La sorpresa la dejó sin aliento.

–Lo siento. Se supone que iba solo a besarte, pero no me he podido controlar…

–No es eso. Es que tu pierna está vibrando y me ha sorprendido.

–Es mi teléfono –repuso Jordan mientras lo sacaba del bolsillo del pantalón y lo dejaba en la encimera–. Lo tengo en silencio, pero ya ha vibrado cuatro veces desde que estoy aquí.

–Deberías contestar, puede ser importante.

–Estar aquí contigo también es importante.

No sabía cómo lo lograba, pero siempre le decía lo que quería oír.

–Mira al menos quién es –le pidió ella.

Suspiró y tomó el teléfono. Vio que fruncía el ceño mientras miraba las llamadas recientes.

–Hay tres llamadas de Nathan.

–Llama a tu hermano, Jordan.

Esa vez, él no le llevó la contraria. Marcó el número de su teléfono y su hermano respondió enseguida.

–¿Por qué me estás llamando? –le preguntó a Nathan.

Se quedó callado. Su cara reflejaba cada vez más preocupación. Supuso que había pasado algo.

–Pero solo tiene cincuenta y cuatro años, ¿no es demasiado joven para eso? –preguntó Jordan a su hermano–. Bueno, hablaremos de ello cuando llegue. Me voy ahora mismo para allá.

Colgó el teléfono. Parecía confundido y algo conmocionado.

–A mi madre le ha dado un derrame cerebral.

Capítulo nueve

Jordan no fue consciente de lo grave que estaba su madre hasta que entró en su habitación del hospital veinte minutos más tarde. La había imaginado despierta, sentada en un sillón y tan impertinente como siempre. Le afectó mucho verla tumbada en la cama, pálida, débil y conectada a un laberinto de tubos y cables. Y vio que estaba asustada.

Nathan estaba sentado en una silla al otro lado de la cama. Se puso de pie cuando entró Jordan.

–Hola, mamá –le dijo Jordan tomando su mano–. ¿Cómo te sientes?

Parpadeó rápidamente y se tocó la garganta.

–No puede hablar –le dijo Nathan.

Estaba a punto de preguntar por qué, pero entró de repente una enfermera.

–Es hora de cambiarle el suero, señora Everette –le dijo alegremente.

Nathan le hizo un gesto hacia la puerta. Jordan trató de soltar la mano de su madre para salir de la habitación, pero ella la apretó con fuerza. Parecía aterrorizada.

–Mamá, tengo que hablar con Nathan. Es solo un minuto. Te prometo que volveré enseguida.

Salió con su hermano al pasillo.

–Tiene mal aspecto, Nathan.

–Lo sé, pero el médico me ha asegurado que está estable.

–¿Por qué no puede hablar?

–Creen que el derrame ha afectado al lenguaje. También han visto que tiene el lado izquierdo del cuerpo más débil.

–Pero no es permanente, ¿no?

–Me ha dicho que el lado izquierdo mejorará con fisioterapia, pero lo más probable es que no vuelva a hablar con normalidad.

Se dio cuenta entonces de lo difícil que le resultaría a su madre aceptar su nueva situación. A ella le importaban mucho las

apariencias.

–Pero, ¿por qué le ha pasado algo así? ¿Cómo llegó hasta aquí?

–La trajo un amigo. Parece que ella lo llamó y hablaba sin sentido. Él sospechó que algo andaba mal y llamó a emergencias.

Jordan se quedó sin aliento y se dejó caer contra la pared. No podía creerlo.

–¡Dios mío!

–¿Qué pasa? –le preguntó Nathan.

–También me llamó a mí. Arrastraba las palabras y me preguntó cosas sobre las que ya habíamos hablado. Pensé que había bebido demasiado. ¡Debería haberme dado cuenta de que estaba mal!

–Jordan, ¿cómo ibas a saberlo? Es relativamente joven y nadie podía sospechar que fuera a padecer un accidente cerebrovascular. Si me hubiera llamado a mí, habría pensado lo mismo.

Pero su madre lo había llamado a él, había necesitado su ayuda y él le había fallado. Si no hubiera llamado a ese amigo, podría haber muerto.

–Al menos debería haber ido a verla –murmuró angustiado.

–Sabes que si fuera uno de nosotros el que estuviera ingresado, ni siquiera se habría molestado en venir a vernos.

Pero seguía sintiéndose culpable. Creía que, si se hubiera dado cuenta de que pasaba algo y hubiera llamado a una ambulancia, tal vez hubiera tenido más posibilidades de recuperación.

Entraron de nuevo en la habitación. Su madre los esperaba con ansiedad. Cada vez que uno de ellos se acercaba a la puerta, los miraba con pánico y, cuando trataba de hablar, no entendían sus palabras.

Su madre durmió mal durante toda la noche mientras Nathan y él se turnaban para sentarse a su lado. Su hermano había llamado a su padre para informarle de lo que había pasado, a pesar de que llevaban años sin hablarse de manera civilizada. Por eso fue una sorpresa para los dos que su padre la visitara el miércoles por la tarde. Y más sorprendente aún fue ver lo contenta que se ponía ella al verlo.

Nathan y él aprovecharon para bajar a la cafetería a comer.

–No va a poder valerse por sí misma durante al menos un par de semanas –le dijo su hermano–. Puede que incluso más. Tendremos que contratar a una enfermera a tiempo completo. Y también a un

fisioterapeuta y a un logopeda que trabaje el habla con ella.

–O podría quedarse en tu casa –repuso él.

Le encantó ver la cara que ponía su hermano.

–Nunca le haría algo así a Ana. Aunque es casi una bendición que no pueda hablar...

–Lo que acabas de decir es muy cruel –le dijo Jordan mientras trataba de no sonreír.

–Es bastante irónico, ¿no te parece? Ella nunca se molestó por nosotros y ahora se supone que tenemos que cuidar de ella.

–Está muy asustada. Nunca la había visto así. Es difícil no sentir lástima por ella –le dijo él.

–Seguro que no tarda ni un mes en ser la misma mujer exigente y manipuladora de siempre.

Jordan no estaba tan seguro. Creía que lo que había pasado podía ser un punto de inflexión, la oportunidad de convertirse en una buena madre y un ser humano decente antes de que fuera demasiado tarde. Eso era al menos lo que esperaba.

–Ha sido una sorpresa que apareciera papá –comentó Nathan entonces–. Bueno, a lo mejor no es una sorpresa. Después de todo, creo que todavía la ama.

–¿Siempre pensé que no se querían, que se casó con ella porque estaba embarazada.

–Yo pensaba lo mismo, pero papá me contó que la amaba más que a la vida misma, pero que ella solo lo quería por su apellido y su dinero.

–Supongo que eso explica por qué ha sido siempre un hombre tan infeliz.

–Me confesó que vivía amargado y triste y que, en vez de echarle su situación en cara a la persona que merecía su irritación, la tomaba con nosotros. Era lo mismo que había hecho la abuela Everette con él.

Jordán se echó a reír.

–¿La frágil abuela Everette conseguía dominar a papá?

–Eso fue lo que me contó.

Era difícil imaginar a su padre dejándose manejar por otra persona.

Siempre había pensado que sus padres se odiaban. Nunca entendió por qué habían seguido juntos durante veinte años. Quizás

su padre hubiera albergado la esperanza de que ella llegara a amarlo. Pero estaba claro que no había sucedido.

Cuando terminaron de comer, volvieron a la habitación de su madre. Su padre seguía allí. Estaba sentado en el borde de la cama y sostenía su mano. Nunca los había visto así.

Jane se sentía muy culpable, estaba aprovechándose de la situación para acceder al despacho de Jordan durante esos días. Tenía que seguir recordándose a sí misma que era su trabajo y que, en realidad, le estaba haciendo un favor. Si no podía demostrar que era el culpable, sería porque era inocente. Su carrera estaría a salvo y no sabría nunca lo que había pasado.

Eso era al menos lo que esperaba.

Buscó en sus archivos, pero no había nada comprometedor. Pasó gran parte de la tarde leyendo sus correos electrónicos. Además, había cargado un programa espía en el equipo de Jordan que usarían desde el departamento de tecnología de la agencia para controlar sus futuros correos electrónicos.

Casi todos los mensajes que había leído eran de carácter profesional. Los pocos personales que había encontrado no tenían nada que ver con el sabotaje.

Lo que de verdad quería ver eran los archivos relacionados con sus finanzas personales, pero esos debía de tenerlos en su casa. Había hablado con sus jefes de la situación y habían llegado a la conclusión de que debía seguir vigilando sus llamadas telefónicas y tomar las medidas necesarias para infiltrarse en su casa. También quería ver su teléfono móvil, pero hasta que no hubiera motivos para una orden judicial, no iban a poder acceder a completos registros de llamadas.

Sus jefes parecían contentos y algo sorprendidos de que hubiera conseguido despertar el interés del señor Everette.

Entre la investigación y su trabajo de secretaria, apenas tenía tiempo para nada. Tuvo que quedarse el jueves hasta tarde para ponerse al día.

No llegó a casa hasta después de las diez.

Sacó el correo del buzón y fue mirándolo mientras subía las escaleras hasta el segundo piso. Tenía unas facturas, publicidad y

un sobre que parecía una invitación de boda. Comenzó a abrirlo.

–Empezaba a pensar que no ibas a volver a casa –dijo alguien.

No pudo ahogar un chillido de sorpresa, se detuvo de golpe y se le cayeron las cartas al suelo.

Fue entonces cuando vio a Jordan. Estaba sentado en el suelo frente a la puerta de su apartamento.

–¿Vienes ahora del trabajo? –le preguntó mientras le dedicaba una sonrisa.

Le encantó verlo allí, pero también le preocupó.

–¿Ha pasado algo? ¿Está bien tu madre?

–Está bien –le dijo levantándose del suelo–. De hecho, mañana le dan el alta.

–Y ¿qué estás haciendo aquí? –repuso mientras recogía las cartas.

Jordan se encogió de hombros, parecía física y emocionalmente agotado.

–Iba de camino a casa desde el hospital para dormir un poco y, sin saber cómo ni por qué, terminé aquí. Supongo que solo quería verte.

No sabía qué decir. De todos los sitios donde podía estar, había decidido ir a verla a ella.

–Sé que no debería haberme pasado sin avisarte.

–No, no pasa nada –repuso.

–Puedo irme si no es un buen momento.

Ella abrió la puerta y encendió la luz.

–No es un mal momento. Entra.

Pasó Jordan y ella lo siguió. Se giró para cerrar la puerta y a él le faltó tiempo para abrazarla. La atrajo contra su cuerpo, asiéndola con fuerza. Dejó caer su bolso y lo envolvió con sus brazos, abrazándolo también.

Hundió la cara en su cuello, era increíble sentir su calor.

–No sabes lo duros y estresantes que han sido los últimos dos días –le susurró Jordan.

–¿Quieres hablar de ello?

–No. En este momento, creo que solo quiero tenerte entre mis brazos.

A ella le pareció bien.

Lo abrazó y frotó su espalda. Poco a poco, sintió que iba

relajándose. Ver ese lado vulnerable de él cambió de alguna manera la percepción que tenía de Jordan. Era rico y poderoso, pero debajo de todas esas cosas, no era más que un hombre. Un hombre extraordinario, pero no uno del que debiera sentir miedo.

–¿Te he dicho alguna vez lo bien que hueles? –le preguntó Jordan.

Su voz y la forma en que le acariciaba el cuello consiguieron que su corazón latiera un poco más rápido. Jordan levantó la cabeza y presionó su frente contra la de ella.

–Está bien, te he mentido.

–¿Sobre qué?

–También quiero besarte –le confesó Jordan–. No he pensado en otra cosa durante los últimos dos días.

Fue muy emocionante sentir que él la deseaba. Tanto que abandonó por completo el poco sentido común que le quedaba en esos momentos.

–Entonces, bésame.

No tuvo que decírselo dos veces.

Creía que, si no volvía a besar a otro hombre en toda su vida, se iría al menos a la tumba sabiendo que nunca habría podido encontrar a alguien que lo hiciera mejor. Y algo le decía que esa vez los besos no eran más que el comienzo.

Y la idea le encantaba.

Jordan la soltó para poder quitarse la chaqueta. Hizo después lo mismo con el abrigo que aún llevaba ella. Cuando empezó a desabrocharle los botones de la chaqueta, se encendieron las alarmas en su cabeza. Sabía que tenía alguna razón para detener lo que estaba a punto de pasar, pero no podía recordar por qué. No quería recordar por qué.

Jordan le abrió la chaqueta, pero no se la quitó. Se limitó a mirarla y a trazar una línea con su dedo sobre la piel de su escote, justo por encima de la camisola de seda que llevaba.

–Eres tan bella, Jane.

Él hacía que se sintiera bella y que creyera además que se merecía lo que le estaba pasando.

Jordan deslizó ese dedo por debajo de la camisola, para acariciar la curva superior de sus pechos. Primero el izquierdo y después el derecho. Cada vez le costaba más trabajo respirar.

–Si vas a decirme que me detenga, hazlo ahora –le pidió Jordan con la voz cargada de deseo–. Porque estoy a punto de llevarte a tu habitación y hacerte el amor.

Ella le agarró de la camisa con las dos manos y tiró de ella para sacarla de sus pantalones.

–Es la segunda puerta a la derecha –repuso.

Jordan le dedicó una mirada que habría podido derretir el hielo. La tomó en sus brazos y la llevó por el pasillo hasta su dormitorio. Una voz en su interior le recordó que aquello no estaba bien, que debía pensárselo mejor. Ella tampoco podía terminar de creerse que estuviera a punto de acostarse con él.

Eso iba en contra de todas las reglas. Pero, por primera vez en toda su vida, no le importaban las normas. Quería hacer algo totalmente ilógico y completamente espontáneo. Solo tenía una cosa en mente, disfrutar al máximo de todo lo que estaba viviendo y sintiendo en esos momentos.

Jordan la dejó en el suelo junto a la cama y ella se quitó los zapatos.

–Necesitamos luz –le dijo él.

Ella encendió la lámpara. Mientras se quitaba la chaqueta y la camisola, pensó en cómo la vería Jordan, esperaba que no se sintiera decepcionado.

–No te detengas –le pidió Jordan mientras se desabrochaba la camisa–. Sigue.

Nunca había hecho un *striptease* para nadie, pero él le daba una seguridad en sí misma que no había sentido nunca. A lo mejor se estaba equivocando, pero en ese momento se veía capaz de hacer casi cualquier cosa que él le pidiera.

Se llevó las manos a la espalda para bajarse la cremallera de la falda. Comenzó a bajársela pensando en la suerte que había tenido esa mañana al elegir el conjunto de lencería a juego. Era de encaje negro y su favorito.

Vio cómo gemía cuando bajaba la mirada y se dio cuenta de que a Jordan le gustaban las medias hasta el muslo.

–Quítate también el sujetador –le dijo él sin dejar de mirarla.

Se lo desabrochó y se lo quitó muy lentamente. Después, enganchó los pulgares en el borde de sus braguitas y se las bajó despacio.

Pero, cuando fue a hacer lo mismo con una de sus medias, Jordan sacudió la cabeza.

–Las medias déjatelas puestas –le pidió–. Ahora me toca a mí.

Esperó a que empezara a desvestirse, pero no se movió.

–¿A qué estás esperando? –le preguntó entonces Jordan con una sonrisa.

Se dio cuenta entonces de que quería que lo desnudara ella.

Suponía que Jordan habría estado con docenas de mujeres, la mayoría con más experiencia que ella, pero no le importaba. Ella estaba con él en esos momentos y sabía que, por algún motivo, lo que estaba pasando era algo especial. Jordan la había elegido a ella.

Su camisa ya estaba desabrochada, así que se limitó a quitársela. Tenía un cuerpo bellísimo.

–Sigue –le pidió Jordan.

Le desabrochó el cinturón y después los pantalones. Se los bajó y él terminó de quitárselos. Se deshizo también de los zapatos y de los calcetines. Solo llevaba ya los calzoncillos y, si el bulto que tenía delante no la engañaba, supo que le iba a gustar lo que encontraría debajo.

–Con ellos o sin ellos –le dijo él–. Tú decides.

La joven tímida que había sido toda su vida habría tenido miedo en una situación como aquella. Le habría preocupado hacer algo mal o decepcionarlo de alguna manera, pero esa nueva Jane era mucho más segura de sí misma y no le tenía miedo a nada.

Agarró la cinturilla elástica y tiró hacia abajo. Después, rodeó su erección con la mano y la apretó suavemente. Jordan gimió. Podía sentir su calor y cómo latía contra su palma.

No podía aguantar más, necesitaba que Jordan la tocara y él no la hizo esperar más. Se sentó en la cama y tiró de ella. Rodaron sobre el colchón hasta que ella quedó boca arriba. La besó entonces apasionadamente, nunca había estado tan excitada, era como si estuviera a punto de derretirse entre sus brazos.

Él sabía muy bien lo que hacía, parecía tener la capacidad de saber qué hacer para volverla loca de deseo sin que ella tuviera que decirle nada. Su único objetivo en esos momentos era conseguir que disfrutara tanto como fuera posible y tantas veces como pudiera antes de pensar en sí mismo.

Jordan tomó su cartera y sacó un preservativo. Separó

levemente sus muslos y se arrodilló entre ellos.

–¿Quieres hacer los honores? –le preguntó él mientras le entregaba el preservativo.

Nunca lo había hecho. Pero, si eso era lo que él quería, estaba dispuesta a intentarlo. No le preocupaba que le costara hacerlo y estaba segura de que a Jordan tampoco le iba a importar.

Tomó el paquetito y lo abrió con los dientes. Mientras se lo ponía con cuidado, vio que él cerraba los ojos y contenía el aliento. Cada vez le agarraba con más fuerza las pantorrillas.

Supuso que estaba tardando más de lo necesario en ponérselo, pero Jordan no se quejó.

–¿Está bien? –le preguntó cuando terminó.

Jordan abrió los ojos y miró lo que había hecho.

–Eso parece –repuso él con una dulce sonrisa–. Y me ha gustado mucho cómo lo has hecho.

Se colocó entonces sobre ella.

–¿Estás lista?

Lo había estado desde que entraron por la puerta de su piso.

Lo rodeó con sus piernas para tenerlo aún más cerca. Jordan la miró a los ojos y se deslizó dentro de ella. Durante un segundo, se le pasó por la cabeza de manera casi fugaz que no debería estar haciendo lo que estaba haciendo, pero se le olvidó cuando lo oyó gemir y comenzar a moverse sobre ella. Y, cuando él los hizo girar para colocarse boca arriba, solo pudo pensar en cuánto deseaba disfrutar de ese momento y conseguir que Jordan también se lo pasara bien.

Fue un encuentro sin ningún tipo de restricciones, más excitante y trepidante de lo que había vivido nunca. Fue increíble y también muy divertido. Hasta ese momento, no se le había pasado por la cabeza que el sexo pudiera ser además divertido.

Cuando terminaron, se tumbaron boca arriba en la cama, completamente agotados, felices y satisfechos. Fue entonces cuando comenzó a pensar en las posibles repercusiones de lo que acababa de hacer.

Recordó entonces lo que Nathan le había dicho. Su jefe se aburría pronto de las mujeres con las que estaba. Al parecer, le gustaba la caza, pero cuando conseguía lo que buscaba, perdía pronto el interés. Se dio cuenta de que había sido tan tonta como

para hacer exactamente lo contrario a lo que le convenía. Le había dado a Jordan exactamente lo que quería sin que tuviera que hacer apenas ningún esfuerzo para conseguirlo.

En unos solos minutos de locura temporal, había echado por tierra sus principios, había cruzado la línea de la moralidad y había arruinado la investigación.

Tenía al menos que intentar reparar el daño que había hecho. Por ejemplo, sacándolo de esa cama, convenciéndolo para que se vistiera y saliera de su casa. Fue entonces cuando notó que había estado muy callado. Se incorporó sobre los codos para mirarlo. Tenía los ojos cerrados.

–¿Jordan?

No respondió. Le dio un suave empujón, pero no se movió. Lo volvió a hacer con más fuerza y nada, estaba completamente dormido.

Suspiró algo desesperada. Sabía que iba a ser una noche muy larga.

Capítulo diez

Jordan despertó de un profundo sueño cuando le llegó el olor a café recién hecho. Abrió los ojos y tardó un segundo en recordar dónde estaba. Cuando lo hizo, no pudo evitar sonreír. Se dio la vuelta y alargó las manos hacia Jane, pero su lado de la cama estaba vacío y frío.

Se frotó entonces los ojos y miró el reloj de la mesilla de noche. Eran las siete y media. Debería haberse levantado una hora antes, pero lo cierto era que no le importaba demasiado lo tarde que fuera. Había sido una noche increíble.

Aunque Jane le había asegurado que no tenía mucha experiencia y que se sentía insegura con los hombres, le había demostrado todo lo contrario esa noche.

Había conseguido impresionarlo, no tenía nada que ver con la idea que se había hecho de ella. La tímida y asustadiza Jane le había intrigado, pero la verdadera Jane lo tenía completamente fascinado. Era como si hubiera conseguido hipnotizarlo.

Se levantó, tomó su ropa y se vistió. Siguió después el aroma del café hasta la cocina.

Jane estaba sentada a la mesa, ya completamente arreglada y vestida para el trabajo. Se estaba tomando una taza de café mientras hacía algo en su ordenador portátil.

–Buenos días –le dijo él.

Ella levantó la vista y le sonrió.

–Buenos días. He hecho café. ¿Quieres que te sirva una taza?

–Ya lo hago yo –repuso él mientras pasaba a su lado y le daba un beso en la cabeza–. Perdona que me quedara dormido anoche. Estaba tan cansado que ni siquiera me quité las lentillas.

–¿Usas lentillas?

–Sí, desde la universidad, cuando por fin dejé de utilizar gafas. Sin ellas no veo nada –le dijo él mientras se servía un café y se sentaba a su lado.

A lo mejor se lo estaba imaginando, pero le dio la impresión de

que había un ambiente extraño. No era la típica mañana después de pasar la noche con alguien. No era por lo menos lo que esperaba después de una noche de sexo que había sido una de las mejores de su vida.

Jane cerró su ordenador y lo apartó.

–Lo de anoche fue... Increíble –repuso ella con la taza entre sus manos.

–Estoy completamente de acuerdo.

–Significó para mí mucho más de lo que puedes imaginar.

Se quedó sin aliento al oír la confesión de Jane. Si estaba a punto de decirle que lo amaba, estaba en un buen lío. Pero ella debió de percibir su inquietud porque sonrió.

–No te preocupes, no voy a planear ya la boda. Todo lo contrario. Me siento como si hubiera pasado toda mi vida con los ojos cerrados y esto me los ha abierto por fin.

–Creo que no te sigo...

–Me da un poco de vergüenza contártelo, pero Drake ha sido el único novio serio que he tenido, el único hombre con el que me había acostado. Y no era muy buen amante. Creo que no sabía lo que me he estado perdiendo. Y, si me hubiera casado con Drake, nunca lo habría sabido –le dijo Jane mientras tocaba su mano–. He estado a la deriva, no sabía que había algo mejor y por eso no me molesté en tratar de encontrarlo. Ahora me siento como si estuviera lista para seguir adelante, conocer gente nueva y correr riesgos. Siento que hay alguien por ahí que realmente puede hacerme feliz.

Y Jane parecía tener muy claro que ese alguien no iba a ser él.

Sus palabras le parecieron muy duras, sobre todo viniendo de alguien como ella.

Cada vez que pensaba que empezaba a conocerla bien, hacía algo que cambiaba por completo su perspectiva.

Pensó que a lo mejor formaba parte de su tapadera y que en realidad no se sentía así.

De un modo u otro, decidió que no debía importarle. Después de todo, él tampoco quería nada a largo plazo.

–Supongo que lo que estás diciendo es que me dejas después de solo una noche, ¿no?

–Vamos, Jordan. No se puede dejar a nadie cuando ni siquiera hay una relación. Me gustas y puede que fuera capaz de llegar a

amarte, pero no puede haber nada más entre nosotros. No es lo que quieres, no eres el tipo de persona que quiere algo para siempre y yo sí lo estoy buscando. Lo necesito.

Jane estaba proporcionándole la coartada perfecta, sabía que él no quería ataduras. Debía sentirse aliviado, pero era todo lo contrario. Se sentía dolido.

–Tengo casi treinta años. Si quiero tener una familia, he de empezar a pensar en sentar la cabeza. Y, hablando de sentar cabeza, mira lo que recibí ayer.

Le entregó una tarjeta blanca y la leyó. Era una invitación para la boda de Drake y Megan.

–¡No me lo puedo creer! –replicó enfadado.

–¿Verdad? ¿A qué imbécil se le ocurre invitar a su boda a la exnovia?

–A un imbécil con mayúsculas como tu ex –repuso él.

–No puedo evitar pensar en cómo se habrá sentido Megan al ver que él me ha invitado. La verdad es que siento lástima por ella. Es una persona muy dulce.

–Supongo que no irás, ¿no?

–¡Por supuesto que no! Ni siquiera voy a molestarme en contestar. Pero me he dado cuenta de que tenías razón, debería ir a la fiesta de antiguos alumnos de la universidad para demostrarle lo poco que me importa ya.

–Ya sabes que, si quieres, puedo ir contigo.

–No, creo que es algo que debo hacer yo sola. Y, dadas las circunstancias, no creo que fuera una buena idea. Pero eso no quiere decir que no desee que seamos amigos.

Sus palabras le recordaron a lo que él le decía a las mujeres con las que salía, pero la verdad era que nunca había intentando mantener después esa amistad con ellas.

Se preguntó qué pasaría si él no deseaba conformarse con ser su amigo. Quizás quisiera más.

Se dio cuenta de que tenía dos opciones: podía hacer lo que quería Jane y darle espacio o podía asegurarle que deseaba conservar su amistad y tratar de seducirla todos modos.

Jane trató de terminar deprisa el trabajo para poder salir a su

hora y llegar a tiempo a la cena con su familia. Miró de reojo el despacho de Jordan. Solo había salido de allí un rato para comer. El resto del día lo había pasado tras esa puerta cerrada.

Llevaba todo el día repitiendo en su cabeza las palabras que le había dicho esa mañana, esperaba no haber sobreactuado y que a Jordan le hubiera quedado claro que no quería nada con él, solo que fueran amigos.

Esperaba que Jordan se lo tomara como un desafío. Después de darle muchas vueltas, estaba segura de que su plan sería un éxito.

Trataba de confiar en sus decisiones porque no había nada más que pudiera hacer.

A las seis y media, apagó el ordenador, recogió el abrigo y el bolso y llamó con los nudillos a la puerta de Jordan.

–Solo quería decirte que me voy –le dijo al abrir.

–De acuerdo –repuso Jordan mirándola–. Hasta el lunes.

–Hasta entonces.

Cerró la puerta con el ceño fruncido. Creía que él iba a acordarse de que habían quedado para salir el sábado. Pensaba sugerirle que fueran a algún sitio como amigos, pero Jordan parecía haberse tomando muy bien que ella decidiera poner fin a su incipiente relación.

Fue hasta el coche con un nudo en el estómago. Temía que hubiera estropeado más las cosas en vez de solucionarlas.

Cuando entró en el restaurante unos minutos después y se vio reflejada en la puerta de cristal, recordó que su familia no había visto aún su nueva imagen. Con la ropa no iba a poder hacer nada, pero se le pasó por la cabeza ir al baño y desmaquillarse.

Se dio cuenta entonces de lo absurda que era esa idea. Era una mujer adulta que tenía derecho a maquillarse y vestirse como quisiera. No podía dejar que su familia siguiera influyéndole tanto.

Además, conociéndolos como los conocía, pensó que ni siquiera se darían cuenta.

Una camarera la acompañó hasta la mesa, donde estaban ya todos. Le sorprendió ver que no había globos de cumpleaños en su honor ni regalos.

–Hola a todos. Siento llegar tarde –les dijo.

Levantaron la vista para saludarla y vio que los siete se quedaban boquiabiertos. Mary fue la primera que recuperó el habla.

–¡Dios mío! ¿Te has maquillado? –le preguntó en un tono acusatorio.

–Sí, ¿pasa algo? –repuso ella mientras se sentaba al lado de su hermana.

–¿Qué te has hecho en el pelo? –le preguntó su hermano Richard.

–Me lo he arreglado –dijo mientras abría la carta–. ¿Ya sabéis lo que vais a pedir?

–¿Y el traje? –le preguntó su hermano Will–. ¿Acaso vienes de una fiesta de disfraces o algo así? ¿Y dónde están tus gafas?

No podía creerlo. Resopló y lo miró a los ojos de mala gana.

–Ahora uso lentillas en vez de gafas y el traje es nuevo –le explicó ella.

–¿Estás haciendo esto por Drake? –le preguntó su padre–. He oído que va a casarse.

–No, no tiene nada que ver con Drake ni con nadie. Quería cambiar mi imagen, eso es todo. Preferiría que no siguierais interrogándome.

–¿Por qué te extraña que tengamos curiosidad, cariño? –le dijo su madre–. No te vemos casi nunca y nos ha llamado la atención verte tan diferente. A veces siento que ya no te conozco.

Le dolía que no estuvieran contentos por ella.

–Creo que estás guapísima –intervino la mujer de Richard–. El traje es precioso y me encanta tu nuevo corte de pelo. Y el color va mucho mejor con el tono de tu piel. También me gusta mucho el maquillaje. La sombra que llevas te resalta mucho los ojos, parecen más grandes.

–Yo pienso lo mismo –agregó Sara.

La callada y tímida mujer de Will era profesora y normalmente no intervenía en las reuniones familiares.

–Nadie sugiere que no tenga buen aspecto –se defendió su padre–. Pero estamos preocupados.

–¿Podéis dejar el tema, por favor? –les pidió Jane desesperada.

–No hace falta que te pongas así –le recriminó Mary.

Sabía que era una reacción muy infantil, pero le entraron ganas de tirarle del pelo. Creía que iban a celebrar su cumpleaños y ninguno se había acordado de felicitarla.

Apareció el camarero para tomarles nota. Pidió una lasaña,

aunque dudaba que fuera a tener estómago para comerla, y también un martini.

Cuando se retiró el camarero, se pusieron a hablar de temas del bufete. Era algo que le habría molestado cualquier otro día, pero fue un alivio que dejaran de hablar de ella. Pidió un segundo martini cuando le sirvieron la ensalada y un tercero.

No tenía apetito, le dolía que nadie hubiera recordado su cumpleaños. A pesar de su cambio de imagen, seguía siendo invisible. Nadie le preguntó siquiera por su trabajo.

Decidió irse antes de que pidieran los postres. Estaba a punto de abrir la boca para despedirse cuando alguien la llamó.

Al oír esa voz, se le cayó el alma a los pies. Por imposible que le pareciera, la cena no había hecho sino empeorar.

Se dio la vuelta con la esperanza de que se hubiera imaginado la voz, pero no lo había hecho. Jordan estaba frente a ella con vaqueros, botas de cuero y una camisa negra.

–Me había parecido que eras tú –le dijo él.

–Hola, Jordan –repuso ella poniéndose en pie de un salto.

No podía estar pasándole, no podía creerlo.

–¿Qué estás haciendo aquí? –le preguntó con la voz entrecortada.

–Estaba en el bar tomándome unas copas con un amigo. Iba a irme ya cuando me pareció verte aquí –le dijo con una gran sonrisa.?

Sospechaba que no era un encuentro casual.

–Cariño, ¿no vas a presentarnos a tu amigo? –le preguntó su padre.

Vio que todos los miraban.

–Os presento a Jordan Everette –anunció ella–. Jordan, esta es mi familia.

–Jordan, ¿por qué no te sientas y tomas una copa con nosotros? –sugirió su padre.

–No, no quiero molestarles.

–No seas tonto –intervino su madre con dulzura–. Nos encantaría que te sentaras con nosotros.

–Bueno, en ese caso... Muchas gracias, es un placer.

Jordan acercó una silla de otra mesa y se sentó al lado de Jane. Estaba tan cerca de ella que sus muslos se rozaban. Le habría

gustado apartarse un poco, pero no quería levantar las sospechas de sus padres.

–¿Trabajáis juntos Jane y tú? –le preguntó Richard después de que pidieran las copas.

Se quedó sin respiración. Le había dicho a Jordan que su familia no sabía dónde trabajaba, pero no sabía si iba a acordarse de ello y mencionar que trabajaban los dos en Western Oil.

–No, yo trabajo en una empresa petrolera –repuso Jordan.

Fue un alivio ver que recordaba lo que ella le había dicho.

–¿Y qué es lo que haces? –le preguntó Will.

–Trabajo en la gestión de la empresa.

Supo que su familia estaría asimilando en esos momentos la poca información que Jordan les estaba dando. Se les daba bien descubrir quién tenía dinero y poder.

–Entonces, ¿salís juntos? –preguntó Mary.

–¡Mary! –replicó Jane enfadada.

–Lo he intentado, pero Jane me ha rechazado –repuso Jordan mientras la miraba a los ojos.

–Solo somos amigos –le dijo Jane a su hermana.

Jordan les preguntó entonces por el bufete y comenzaron a hablar de trabajo. Comentaron que ella había dejado el trabajo, pero apenas volvió a salir su nombre. Sus padres presumieron de los logros profesionales de sus hijos.

Sabía que estarían preguntándose cómo podía haber despertado el interés de alguien tan encantador y atractivo. Supuso que habían decidido que eran solo amigos y por eso Mary estaba coqueteando tan descaradamente con él.

No era la primera vez que trataba de robarle a alguien que le gustaba.

Después de una segunda ronda de bebidas, Jordan les dijo que tenía que irse.

–Pero es temprano –se quejó su madre.

–No, de verdad, tengo que irme –les dijo Jordan mientras se levantaba–. Ha sido un placer.

–El placer ha sido nuestro –repuso su padre estrechándole la mano.

–Espero volver a verte –dijo su madre mientras miraba a Jane de reojo.

Jane sabía que, si se quedaba después de que se fuera él, la interrogarían de nuevo. No le gustaba ser ignorada, pero tampoco ser el centro de atención.

Decidió irse con Jordan para poder escapar, al menos por esa noche.

–Yo también debería irme –les dijo Jane–. Te acompaño –añadió mirando a Jordan.

Capítulo once

–¿Estás segura? –le preguntó Jordan.

–Sí, ha sido una semana de mucho trabajo y estoy agotada.

Se despidió rápidamente de su familia, nadie le pidió que se quedara un poco más.

Al empezar a andar, se dio cuenta de que había bebido más de la cuenta.

–Tu familia parece agradable –le dijo Jordan mientras esperaban por los abrigos.

–Lo parece... Tenemos una relación difícil. O tratan de dirigir mi vida o me ignoran.

–Tu hermana está celosa de ti.

–¿Celosa de qué? Es guapa y tiene éxito.

–Y está claro que no le gusta que tú tengas lo que ella no puede tener.

–¿Qué quieres decir?

Jordan metió la mano en el bolsillo le entregó una tarjeta de visita. Vio que era la de Mary.

–Me la dejó en la mano cuando nos despedimos hace un minuto.

No podía creerlo. Era evidente que su hermana no había cambiado.

–No, quédatela –le dijo Jordan cuando trató de devolvérsela–. No la voy a necesitar.

Apareció la camarera con sus abrigos. Jordan le ayudó a ponérselo y ella se tambaleó.

–¿Estás bien? –le preguntó Jordan agarrándole un brazo para sostenerla.

–Creo que he bebido demasiados martinis.

–Entonces, no deberías conducir.

–No pensaba hacerlo, tomaré un taxi.

–Puedo llevarte a casa.

Salieron y el aparcacoches tardó solo un par de minutos en acercarles un lujoso coche deportivo.

Subieron al vehículo. De camino a su casa, no podía dejar de mirarlo. Era tan atractivo...

–Pensé que ibas a celebrar tu cumpleaños esta noche con tu familia –le dijo él de repente.

–Sí, yo también –repuso ella.

–¿Qué quieres decir? ¿Se les ha olvidado?

–Sí, pero no importa... –mintió ella.

–¿Alguna vez has olvidado tú uno de sus cumpleaños?

–No, claro que no –le confesó–. Es como si me estuvieran castigando por dejar el bufete.

Él alargó la mano y le acarició la cara. Fue un gesto tan dulce que le entraron ganas de llorar.

–Algunas familias no merecen la pena –susurró Jordan.

Estaba harta de sentir que no era lo suficientemente buena para ellos. Suspiró y apoyó la cabeza en el respaldo.

—Ya estamos aquí –repuso Jordan.

Vio que miraba por la ventanilla y fruncía el ceño.

–¿Dónde estamos?

–En mi garaje.

–Pensé que me ibas a llevar a casa.

–Y lo hice, a la mía...

Jane lo fulminó con la mirada y él sonrió.

–Lo siento, ¿querías que te llevara a tu casa? –le preguntó fingiendo inocencia.

–Sí, esa era la idea –repuso ella riendo.

Le gustaba mucho su sonrisa y verla feliz.

–Bueno, tengo que decir en mi defensa que no especificaste a qué casa querías ir. Y, ya que estás aquí, pasa y te la enseño.

Estaba seguro de que Jane estaba deseando estar allí para buscar información. Ya debería de haber comprobado que no había nada en el despacho que lo conectara con el sabotaje. Allí tampoco iba a encontrarlo, pero podía intentarlo. Quería que Jane supiera que nunca haría nada que hiriera a nadie.

Jane deslizó su mano por detrás de su cuello, tiró de él y lo besó. Era lo último que Jordan esperaba, pensó que iba a costarle mucho más seducirla y no esperaba que llevara ella la iniciativa.

Ella se apartó poco después y lo miró a los ojos.

–Llévame a tu casa ahora mismo, Jordan. Antes de que cambie

de opinión.

–Vamos –repuso él.

Se bajaron del coche y fueron hasta el ascensor. En cuanto entraron y las puertas se cerraron, Jane lo abrazó y volvió a besarlo. Había besado a muchas mujeres, pero nadie había puesto más corazón y alma en sus besos. Sabía que estaba algo bebida, pero cuando notó que le acariciaba la entrepierna, se dio cuenta de que Jane sabía exactamente lo que quería. Y era obvio de que él también lo deseaba.

–¿Toda la planta alta es tuya? –le preguntó ella al ver que el ascensor se abría frente a su puerta.

–Es mío todo el edificio, pero vivo en esta planta.

Marcó el código de la alarma y abrió la puerta. Fue directo a encender una lámpara.

–Vaya –exclamó Jane mirando a su alrededor–. Es precioso. Es una casa muy acogedora y cálida...

–Gracias –repuso él desabrochándose la camisa–. Siempre he creído que una casa debe ser un hogar, pero esto no es mérito mío sino del decorador.

–La vista es increíble –le dijo Jane fijándose en lo que se veía desde los ventanales.

–Es una de las razones por las que compré el edificio. Se ve toda la ciudad.

Jane se quitó la chaqueta y la camiseta. Vio que llevaba un sujetador blanco de encaje. Sus pechos eran más bien pequeños, pero perfectos. Además, siempre había tenido predilección por las piernas de las mujeres y las de Jane eran largas y esbeltas. Le gustaban sobre todo cuando rodeaban su cintura, sus hombros o cualquier otra parte de su cuerpo.

Se estaba quitando la falda y no podía dejar de mirarla. Llevaba un tanga a juego con el sujetador y esas medias hasta medio muslo que lo volvían loco.

Jane le agarró por la camisa mientras se apoyaba en la pared, tirando de él para besarlo.

Podía sentir cómo arqueaba la espalda, frotando esos maravillosos pechos contra su torso, mientras devoraba su boca. Él deslizó una mano bajo el tanga y Jane gimió casi al instante, mordiéndose el labio inferior. Estaba tan caliente y húmeda... La

acarició levemente, sintió cómo se estremecía y su respiración se volvía más rápida.

Tiró del sujetador hacia abajo y le lamió uno de los pezones, después lo atrapó entre sus labios. Ella abrió la boca y echó la cabeza hacia atrás. Como parecía que le gustaba, hizo lo mismo con el otro pecho. Jane no paraba de gemir y le temblaba todo el cuerpo. No tardó en sentir cómo se le tensaban todos los músculos de repente. Había estado con mujeres que tardaban una eternidad en alcanzar el clímax, pero Jane no era como ellas.

–Creo que deberíamos ir a mi dormitorio –susurró él sin aliento.

Ella lo miró con los ojos cargados de deseo.

–No, aquí mismo –repuso mientras le bajaba los pantalones–. Contra la pared.

–Pero los preservativos están en el dormitorio.

–No importa, llevo un DIU.

Le pareció bien. Le quitó el tanga y la levantó en sus brazos, sujetándola con fuerza entre su cuerpo y la pared. Jane gimió y le rodeó la cintura con las piernas. Tenía miedo de hacerle daño, pero se dio cuenta de que estaba disfrutando tanto como él. A pesar de su esbelto físico, no era una flor delicada.

Sin dejar de mirarla, se deslizó dentro de ella. Sin preservativo, las sensaciones eran tan intensas que estuvo a punto de perder el control. Trató de mantener un ritmo lento y constante, pero ella no iba a dejar que lo hiciera. Jane se aferró con fuerza a su pelo y movió sus caderas para incrementar el ritmo de sus embestidas.

–¡Más fuerte! –gimió.

No le quedó más remedio que darle lo que le pedía. Cuando sintió cómo se tensaban sus músculos de nuevo, trató de contenerse, pero no pudo aguantar más y se dejó llevar por fin.

–Cuando pensaba que no podía ser mejor, te superas –le susurró Jane sin soltarlo.

–No sabes cuánto estás ayudando a mi ego.

–No creo que tu ego necesite mejorar. Eres el hombre más seguro de sí mismo que he conocido en mi vida.

–Y debo de ser también irresistible. Te traje para tratar de seducirte, pero te adelantaste.

–Después de cinco años con una vida sexual bastante mediocre y nueve meses de sequía, siento que merezco un poco de diversión.

–¿Eso es lo que esto es para ti? ¿Una diversión? ¿Nada más? –le preguntó mientras se sentaba en el sofá y la acomodaba en su regazo.

–¿Qué más podría haber?

–No lo sé, pero una noche contigo no es suficiente. Llámame egoísta, pero quiero más.

Sintiéndose como se sentía esa noche, no se imaginaba sin ella.

Sabía que la verdad acabaría saliendo a la luz y solo podía esperar que, cuando lo hiciera, ya se hubieran cansado el uno del otro. Creía que, de ese modo, podrían seguir adelante con sus vidas y nadie resultaría herido.

–¿Tienes hambre?

–Sí, la verdad es que mi familia siempre me quita el apetito y no he cenado nada.

–Podríamos pedir la comida y cenar desnudos en la cama.

Jane lo miró entusiasmada y no pudo evitar sonreír. Cada vez le gustaba más.

Pensaba cenar con ella y pasarse después el resto de la noche haciéndole el amor.

Capítulo doce

Aunque habían pasado media noche haciendo el amor, Jane se despertó a la misma hora de siempre, a las seis y media de la mañana. Abrió los ojos y miró a Jordan.

Le tentó la idea de despertarlo y se le pasó por la cabeza todo lo que podrían hacer, pero era la oportunidad perfecta para echar un vistazo a su casa. Solo había visto el salón y el dormitorio y lo que más le interesaba era encontrar su despacho.

Se levantó despacio.

Jordan murmuró algo y se dio la vuelta. Su ropa seguía en el vestíbulo, así que miró a su alrededor para ver qué podía ponerse. Fue hasta el vestidor y encendió la luz. Se quedó sin aliento al ver su reflejo en un espejo. Estaba despeinada y no le quedaba rastro de maquillaje sobre sus horribles pecas. Siempre le habían acomplejado y se dio cuenta de que era una suerte que se hubiera despertado antes que Jordan. No quería que la viera así.

Tomó una camisa y se la puso. Apagó la luz y volvió al dormitorio. Jordan seguía dormido. Buscó su bolso, donde tenía el maquillaje. Fue al baño dejando la puerta entreabierta, no quería despertarlo al cerrarla.

Encendió la luz y sacó su cepillo. Se desenredó el pelo, pero estaba lacio y sin brillo. Lo cepilló con empeño hasta conseguir que tuviera más volumen. Lo que más le preocupaba era su cara. Se quitó lo que quedaba de maquillaje con un pañuelo de papel.

Sacó su bolsa de maquillaje y los polvos. Estaba empapando la brocha cuando...

–Buenos días.

Se quedó sin aliento al oír la voz de Jordan y se le cayó la brocha del maquillaje cuando usó las manos para taparse la cara.

–¿Qué estás haciendo? –le preguntó Jordan desde la puerta.

–Dame un minuto, por favor.

Jordan miró la brocha y la bolsa de aseo.

–¿Te estás maquillando?

–Sí –murmuró ella sin quitarse las manos de la cara.

–Pero es sábado y muy temprano. Vamos a la cama...

–No, espera a que me ponga un poco de maquillaje, no quiero que me veas así.

Jordan parecía perplejo.

–¿Hablas en serio?

–Sí. Vete, por favor.

–No, has conseguido despertar mi curiosidad. Tengo que verte. Quítate las manos de la cara.

Se dio cuenta de que lo había echado todo a perder. En ese momento y de la manera más absurda iba a terminar su carrera como investigadora. No podía creerlo.

Sintiéndose derrotada, bajó las manos. Trató de prepararse para los comentarios de Jordan.

–Tienes pecas –le dijo él con una gran sonrisa.

Volvió a cubrirse la cara.

–Sí. ¡Las odio!

–Pero si son adorables...

–No, son horribles. Tengo un aspecto horrible.

–¿Qué dices? Eres preciosa, Jane.

–No tienes que mentirme para no herir mis sentimientos. Sé cómo soy.

Jordan se puso detrás de ella y la obligó a mirarse en el espejo.

–Mírate –le pidió–. Dime lo que ves.

–Veo a una mujer normal, aburrida, invisible.

–¿Eso es de verdad lo que piensas o es tu familia la que te habla así? –le preguntó Jordan–. No es el maquillaje lo que hace que una persona sea hermosa, sino lo que hay en el interior. Y tú eres la mujer más dulce, apasionada y hermosa que he conocido. Gracias a lo que tienes en tu corazón –agregó mientras le ponía la mano en el pecho.

Le costaba creer que Jordan la viera así, que estuviera siendo sincero.

–En el colegio era completamente invisible, mis compañeros me insultaban y...

–Sé lo difícil que es no hacer caso a la gente cuando te dicen cosas así –la interrumpió él.

–¿Cómo puedes saberlo tú? –repuso ella.

Jordan se quedó mirándola un instante. Después, agarró su mano.

–Voy a enseñarte algo –le dijo.

La llevó a otro cuarto. Se le aceleró el corazón al ver que era su despacho. Jordan se acercó a una estantería y le enseñó una foto que tenía enmarcada.

–Aquí estamos los ganadores del concurso de Ciencias. Fue durante mi tercer año en el instituto. A ver si adivinas quién soy yo –le dijo Jordan.

Había cinco jóvenes, pero sus rostros no se distinguían bien. Uno de ellos era una chica. Los chicos llevaban gafas. Uno era demasiado moreno para que fuera Jordan. Tenía que ser uno de los tres restantes, a cual más delgado y enclenque. El del centro le pareció bastante normal y fue el que señaló.

–Este.

–No, soy ese bajito que está a su lado –le dijo Jordan.

No podía creerlo. Era muy pequeño para su edad.

–Bueno, tenías trece o catorce años, nadie está guapo a esa edad.

–Pero yo fui así hasta los dieciocho. Y también era muy tímido y retraído. Algo que mi padre intentó corregir con golpes. Puede que hubiera funcionado si Nathan no se hubiera empeñado siempre en defenderme. Se ponía entre mi padre y yo, incluso cuando las cosas se ponían feas. Mi padre fue un hombre muy agresivo.

–Y, ¿qué hacía tu madre?

–Nada, pasaba muy poco tiempo en casa. Durante años, pensé que era culpa mía que no me prestara atención. Es egoísta y fría. Bueno, al menos hasta esta semana, el derrame le ha cambiado. Aunque puede que vuelva a ser la de siempre cuando se recupere un poco.

–Estás consiguiendo que mi familia me parezca casi perfecta –le dijo ella–. La verdad es que me cuesta imaginarte como un chico tímido.

–Cambié mucho en la universidad. Di un buen estirón y empecé a hacer deporte. Las chicas comenzaron a fijarse en mí y eso aumentó mi autoestima. Fue así como dejé de ser tímido.

–Yo, en cambio, nunca he dejado de serlo. Al menos hasta hace muy poco. No sabía cómo ganar confianza ni seguridad. Nadie me tomaba en serio.

–Pero dejaste el bufete familiar, demostraste muchas agallas.

Deseaba poder contarle en qué trabajaba y que estaba a punto de conseguir su sueño.

–Lo de secretaria es solo algo temporal –le dijo ella–. Voy a hacer grandes cosas, ya verás.

–No lo dudo –repuso Jordan mientras la abrazaba por debajo de la ropa–. Estás muy sexy con mi camisa –agregó mientras le besaba el cuello y los hombros–. Pensaba pasarme por la oficina para trabajar un poco, pero tengo aún algo de tiempo. ¿Volvemos a la cama?

Le encantó la idea. Tomó la mano de Jordan y fue con él al dormitorio. Así, harían el amor y después, mientras él se preparaba para ir al trabajo, ella buscaría en su despacho.

No se sentía culpable porque sabía que no iba a encontrar pruebas de su culpabilidad. Creía ciegamente en él. Necesitaba saber de dónde habían salido los doscientos mil dólares que le habían ingresado en su cuenta y a quién había enviado un pago de treinta mil. Estaba segura de que habría una explicación razonable. Sabía que no había hecho nada malo e iba a demostrarlo.

Sentado a la mesa de su despacho unas horas más tarde, Jordan trató de centrarse en su trabajo, pero no podía dejar de pensar en Jane. De camino a la oficina, la había dejado en su casa y habían hecho planes para volver a verse esa noche. La había invitado de nuevo a su casa. Pensaba recogerla a las cinco. Iban a pedir la cena y ver una película.

No recordaba la última vez que había querido estar con una mujer dos noches seguidas. Después de estar con Jane y conocerla mejor, no se imaginaba con otra mujer.

Cuando Jane lo besó por primera vez, sintió que acababa de pasar algo importante, como si acabara de llenarse un vacío en su interior del que no había sido consciente hasta entonces.

Sacudió la cabeza y se rio de sí mismo. Si una semana antes alguien le hubiera dicho que iba a verse en esa situación, no lo habría creído.

El teléfono comenzó a sonar y lo miró con la esperanza de que fuera Jane, pero era Nathan.

–Hola, necesito un favor –le dijo Nathan en cuanto contestó.

–¿Qué necesitas? –le preguntó.

–Ana y yo tenemos una gala benéfica esta noche y la niñera nos acaba de llamar para decirnos que está con gripe. Hemos llamado a otras personas que...

–Yo me quedo con Max –lo interrumpió Jordan–. Me apetece mucho.

–¿Estás seguro? –le preguntó Nathan–. Sé que no te gustan mucho los niños...

–¿Qué dices? Me encantan los niños y yo a ellos.

–¿Sí? ¿Cuándo fue la última vez que cambiaste un pañal?

–Seguro que puedo hacerlo, no será tan difícil. Además, tendré ayuda –le dijo–. Voy a invitar a una amiga para que vaya conmigo y me eche una mano.

–¿Piensas traerte a tu última conquista? –le preguntó Nathan–. Me estás tomando el pelo, ¿no?

–No es una conquista más. Es... Es especial. Llevo algún tiempo saliendo con ella y las cosas empiezan a ponerse serias. Incluso creo que... Me parece increíble estar diciendo esto en voz alta, pero creo que me estoy enamorando de ella.

Durante varios segundos, Nathan se quedó en silencio.

–No puedo creerlo, ¡hablas en serio! ¿Cómo ha pasado? ¿La conozco?

–Nos conocimos hace un par de meses –mintió Jordan para que Nathan no sospechara.

–Bueno, ¿cuándo vas a presentármela?

–Muy pronto. A lo mejor esta noche, cuando volváis de la gala. ¿A qué hora voy?

–Ven a las seis y media.

–Muy bien, allí estaré.

–Hasta luego –se despidió Nathan–. Y gracias, Jordan.

Jordan colgó el teléfono con una sonrisa en el rostro. Llamó a continuación a Jane.

–Estaba pensando en ti –le confesó ella en cuanto descolgó–. Estoy en el supermercado con un espray de nata en la mano... ¿Qué te parece si hacemos otro picnic en la cama?

Le pareció una idea increíble, pero no para esa noche.

–Cambio de planes –repuso él.

Le contó que iban a cuidar de Max y de cómo iba a entrar y salir de la casa sin que la vieran.

–¿Estás seguro de que es una buena idea? ¿Y si vuelven a casa antes de tiempo?

–Entonces, podrías escaparte por la puerta trasera –le dijo él.

–No sé...

–Jane, quiero verte esta noche.

La verdad era que quería verla esa noche y todas las noches después de esa.

–Está bien, pero me iré una hora antes de que vuelvan.

–De acuerdo. Te daré el código para la puerta de mi casa y me esperas allí hasta que termine en casa de Nathan.

–Muy bien –susurró ella.

Supuso que Jane estaría pensando que esa iba a ser su oportunidad para buscar pruebas. No le importaba, pero tenía que ocuparse de un par de cosas antes de permitir que ella rebuscara en sus archivos personales. Eran cosas que se podrían entender mal fuera de contexto.

Pensaba pasarse por casa antes de ir a la de Nathan. Después, Jane podía investigar todo lo que quisiera. Creía que, cuanto antes viera que no iba a encontrar lo que buscaba, antes podrían ser ellos mismos y antes podrían empezar a tener una relación normal.

–Voy a mandarte la dirección de Nathan y Ana –le dijo–. Te espero allí a las siete.

A las cinco de la tarde, salió y fue a casa para esconder sus archivos personales. Metió todos los papeles comprometidos y una copia de seguridad de los archivos informáticos en su caja fuerte. Después, eliminó del disco duro del ordenador todo el material que pudiera ser malinterpretado. Quería darle la impresión de que no había nada que encontrar.

A Jane no le había gustado la idea de ir a casa de Nathan esa noche, pero después se alegró de haberlo hecho. Era la oportunidad perfecta para estar con Jordan y verlo jugar con su sobrino.

Max tenía casi un año de edad, el pelo oscuro y rizado, ojos expresivos y una sonrisa preciosa. El niño adoraba a su tío Jordan. Cenaron pizza y después se distrajo viendo cómo jugaba Jordan con

Max sobre una manta en el suelo. A las ocho, llegó el momento de cambiarle el pañal y ponerle el pijama. Fue entonces cuando se fijó más en ella y decidió que quería tomarse el biberón acurrucado en su regazo y en el sofá.

–Creo que le gustas –le dijo Jordan con una sonrisa al ver cómo la abrazaba Max.

No tenía ninguna experiencia con niños y solo le había dicho a Jordan que estaba lista para formar una familia porque quería asustarlo. Pero cuando Max la miró con sus grandes ojos, se dio cuenta de que deseaba ser madre algún día no muy lejano.

Sus párpados comenzaron a cerrase antes de terminarse el biberón y no tardó en dormirse.

–Bueno, será mejor que lo lleve a la cuna –le dijo Jordan tomándolo en sus brazos.

Mientras esperaba a que volviera Jordan después de acostarlo, Jane extendió una manta delante de la chimenea y se sentó en ella con la vista perdida en las llamas. Estaba siendo una noche mucho más interesante de lo que había creído y le había encantado ver a Jordan con su sobrino. Se preguntó si pensaría formar una familia algún día.

–¿Te he dicho ya que estás muy sexy esta noche? –le preguntó Jordan detrás de ella.

Ella lo miró y sonrió.

–Unas diez veces.

–Y creo que te lo diré diez más –repuso Jordan sentándose en la manta junto a ella.

Sabía que tenía buen aspecto. Había ido de compras esa tarde para comprarse ropa nueva. Como ya había actualizado su vestuario profesional, decidió hacer lo mismo con lo que usaba los fines de semana. La dependienta la había convencido para que se probara unos vaqueros ajustados y se había visto tan bien que había comprado tres pares.

Se veía más juvenil y moderna. Lamentaba no haber hecho antes ese cambio de imagen. Creía que podría conseguido así mucha más seguridad en sí misma.

–Bueno, tenemos un par de horas antes de que te vayas –le dijo él–. ¿Qué quieres hacer?

–Podríamos ver una película –le sugirió ella.

–O podríamos jugar a que tú eres una adolescente trabajando de canguro y yo soy tu novio y he venido a verte mientras trabajas.

–No, yo nunca haría algo así. Podría meterme en un lío. Si nos pillan, se lo dirían a mis padres.

–Pero no puedes evitarlo, te parezco irresistible –susurró Jordan mientras la besaba en el cuello–. Además, es mucho más excitante si corremos el riesgo de que nos pillen.

–No soy esa clase de chica.

–¿Y si nos limitamos a besarnos? –repuso Jordan tumbándose en la manta y tirando de ella.

Era difícil rechazar una oferta como esa, sobre todo cuando le dedicaba esa pícara sonrisa.

–Bueno, pero solo un ratito –le dijo ella–. Y solo besos, nada más.

–Te doy mi palabra de honor.

Pero no tardó en darse cuenta de que su palabra no valía demasiado. No podía mantener las manos quietas. Cuando comenzó a acariciarla sobre la ropa, no le dijo nada, era muy agradable. Cuando deslizó una mano bajo su jersey, le pareció aún bastante inocente, pero cuando le desabrochó el botón de los vaqueros, decidió detenerlo.

–Jordan, no deberíamos estar haciendo esto...

–Confía en mí –le murmuró Jordan.

Dejó que le bajara la cremallera y comenzó a acariciarla. No tardó en conseguir que perdiera por completo la noción del tiempo y empezara a gemir sin control.

–Ya no me pareces una chica tan inocente –le dijo Jordan con una sonrisa maliciosa.

Ella gimió y se aferró a su pelo, besándolo apasionadamente.

Cuando vio que no podía soportarlo más, le agarró la muñeca para detenerlo.

–Basta –le susurró sin aliento.

–No... Quiero seguir haciéndolo –protestó Jordan.

Pero ella decidió que había llegado su turno. Se puso de rodillas sobre la manta y lo empujó para que se tumbara boca arriba. Después, le desabrochó los pantalones vaqueros.

–¡Oye! ¡No soy esa clase de chico! –le dijo él sonriendo.

Pero sí lo era porque, cuando ella liberó su miembro y lo tomó

en su boca, no trató de detenerla. No tardó en comenzar a gemir y agarrar su cabeza. Pocos minutos después, notó que su cuerpo estaba en tensión. Había encontrado un lugar especialmente sensible tras sus testículos y Jordan perdió por completo el control cuando comenzó a acariciarlo.

–Me ha gustado mucho este juego –le dijo Jordan después con una gran sonrisa.

A ella también, pero creía que debían comportarse como adultos responsables.

Aún tenían un par de horas antes de que regresaran Nathan y su novia, así que se vistieron y se sentaron en el sofá para ver la televisión.

Pero debió de haber algún cambio de planes porque, media hora después, se abrió de repente la puerta y aparecieron Nathan y Ana.

Cuando llegó a su trabajo el lunes por la mañana, Jane trató de hacer su trabajo con un ojo en el teléfono. No sabía por qué estaba tan preocupada. Técnicamente, no había hecho nada malo. Nathan sabía que iba a tener que acercarse a Jordan para poder realizar la investigación. Él mismo le había aconsejado cómo mantener el interés de Jordan, pero se sentía culpable.

Cuando Nathan vio que estaba en su casa con Jordan, la fulminó con la mirada como si acabara de descubrirla haciendo algo inmoral. Y lo había hecho, pero él no podía saberlo.

A menos que Jordan se lo hubiera contado todo a su hermano, sin saber que con esa información podía provocar su despido inmediato.

Alguien entró en la oficina y ella levantó la vista. Se quedó sin aliento al ver que era Nathan.

–¿Está aquí? –le preguntó mientras miraba al despacho de Jordan.

–No, va a estar en la refinería casi todo el día.

–A su despacho –repuso Nathan con firmeza–. Ahora mismo.

El corazón comenzó a latirle con fuerza. Se levantó y fue a la oficina de Jordan.

–Esto tiene que terminar –comenzó Nathan sin más preámbulo–. Debes hacer tu trabajo y terminar con esto antes de que vaya más

allá lo que tienes con mi hermano.

Parecía tener claro que había algo entre los dos.

–Ya sé que te extrañaría vernos juntos la otra noche, pero ya te dije que iba a necesitar...

–Se está enamorando de ti –la interrumpió Nathan.

–¿Qué? –dijo perpleja–. No... Eso es ridículo. Jordan no es así. No quiere compromisos...

–Pues parece que ha cambiado.

–No es posible. A lo mejor parece que...

–Jane, me lo dijo él mismo.

–¿Te dijo que está enamorado de mí? –le preguntó con incredulidad.

–Me contó que ha estado saliendo con una mujer y que se está enamorando de ella. Me dijo que iba a invitarla a mi casa para que le ayudara con Max. ¡Así que estaba hablando de ti!

De repente, el corazón comenzó a latirle tan rápido que no podía respirar.

–Te estás acostando con él, ¿verdad? –le preguntó Nathan.

Jane se mordió el labio. Podía negarlo, pero creía que ya había mentido lo suficiente.

Nathan suspiró y sacudió la cabeza.

–Sé que mi hermano puede ser muy persuasivo, pero pensé que tendrías la suficiente ética profesional y el buen sentido de no cruzar esa línea roja.

Sabía que tenía razón, no podía excusar su comportamiento. Lo que no podía creerse era que Jordan se hubiera enamorado de ella. Y ella estaba sintiendo lo mismo.

–Asumo toda la responsabilidad por mis acciones –le dijo entonces.

–Podría hacer que te despidieran por esto.

Sabía que se lo merecía, pero creía que estaba muy cerca de conseguir lo que quería.

–Tengo acceso a su casa, a sus archivos y a su equipo. Solo necesito un poco de tiempo más.

–Encuentra lo que necesites y acaba con todo esto –le ordenó Nathan con firmeza.

–Lo haré –le prometió.

Nathan abrió la puerta y se dispuso a salir.

–Espera –le pidió ella–. Solo quiero que sepas que Jordan me importa de verdad. Podría llegar a amarlo –le confesó–. Pero sé que cuando sepa la verdad, no podrá confiar en mí nunca más.

–No me extraña.

Sus palabras le hicieron mucho daño, pero sabía que se lo merecía.

Nathan se fue y ella trató de concentrarse en el trabajo, pero su mente seguía vagando. Sabía que debía cerrar cuanto antes la investigación. Solo había podido pasar unos minutos en el despacho que Jordan tenía en su casa, pero no había sacado nada en claro, había demasiados papeles que mirar y necesitaba más tiempo para copiar los archivos de su disco duro.

Sonó en ese momento su teléfono móvil y vio que era su hermana.

–Tenemos que hablar –le dijo de repente Mary–. ¿Estás ocupada esta noche?

–Pues sí –repuso ella al recordar que había quedado con Jordan.

–Esto no puede esperar –insistió su hermana casi con desesperación.

–Bueno, podríamos vernos para tomar una copa a las doce y media –le dijo Jane.

–De acuerdo.

Se pusieron de acuerdo en el lugar y se despidieron.

Cuando llegó Jane al bar, su hermana ya estaba allí, bebiéndose un martini de manzana.

Se puso en pie y abrazó a Jane cuando llegó a la mesa. Le pareció muy raro.

–¡Dios mío, estás guapísima!

Se dio cuenta entonces de que pasaba algo.

–Bueno, ¿qué es lo que quieres? –le preguntó mientras se quitaba el abrigo y se sentaba.

–¿Qué quieres decir? –repuso Mary con una mirada inocente.

–Solo eres amable conmigo cuando quieres algo de mí.

–Eso no es cierto –protestó Mary.

Jane la miró con el ceño fruncido.

Se les acercó un camarero y Jane pidió un cóctel. Después, abrió el bolso y sacó la tarjeta que Mary le había dado a Jordan.

–Toma, puedes quedártela –le dijo.

–Supongo que no sois solo amigos –repuso Mary sonrojándose.

–Eso no importa, el caso es que no deberías haberlo hecho.

–Tienes razón, supongo que pensé que... No sé qué pensé. El caso es que me sonaba su nombre y lo busqué en Internet.

Notó que palidecía al oírlo.

–Es el director de operaciones de una compañía petrolera. Ese tipo es multimillonario.

¿Cómo lo has conseguido?

–¿Por qué me lo preguntas? ¿Te extraña que a un hombre como él le guste alguien como yo?

–No es eso lo que quise decir. Siempre me has parecido guapa aunque no te esforzaras por arreglarte...

Llevaba tanto tiempo aguantándose, que estalló de repente.

–A lo mejor porque nadie me ayudaba a hacerlo y todos me hacíais creer que estaba destinada a ser una mujer simple y aburrida. Aún recuerdo cómo te reíste de mí una vez que me maquillé.

–Me reí porque parecías una cualquiera.

–¿Y no se te ocurrió enseñarme a hacerlo bien?

–¿Para qué? ¿Para que fueras más inteligente y también más guapa que yo?

Jane se quedó boquiabierta. Se sintió como si Mary acabara de darle una bofetada.

–¿Qué?

–¿Crees que te tratamos mal, Jane? Pues lo siento. ¿Sabes lo duro que ha sido para mí intentar estar a tu nivel? ¿Sabes cómo me sentía cuando nuestros padres alardeaban de ti y de mí solo decían que era la guapa? Como si fuera la tonta de la familia...

No podía creer que su hermana se hubiera sentido así.

–No eres tonta. Hay que ser muy inteligente para que te acepten en la facultad de Derecho.

–Sí, pero ¿crees que me gusta saber que siempre vas a ser mejor abogada que yo, aunque nunca te hayas esforzado por serlo?

–Pero, ¿qué dices? ¡Si nunca he podido demostrar en el bufete lo que puedo hacer!

–Pobrecita Jane –repuso con sarcasmo–. Estoy harta de oír tus quejas. Nunca te ha importado luchar por ser mejor y tener más clientes como hemos hecho los demás. Te limitabas a cumplir con

los casos que te daban. Es un mundo muy duro y tú no querías pelear.

No sabía qué decir. Suponía que podría haber sido una abogada más agresiva. Eso le hizo pensar que quizás hubiera hecho lo mismo con su carrera de investigadora. Había conseguido el caso de Western Oil por casualidad, sin luchar por él.

–Siempre pensé que estabais tratando de limitar mis posibilidades para que no mejorara…

–Tú eres la única que te has impuesto esos límites –le dijo su hermana–. Por favor, vuelve al bufete. Nuestros padres son demasiado orgullosos para decírtelo, pero todos te echamos de menos y te necesitamos.

–Eso lo dudo –repuso Jane riendo.

–¿Ves? Ya estás otra vez con lo mismo, subestimando tu propia valía.

Se dio cuenta de que tenía razón.

–Si te fuiste como forma de protesta, ¿no ha ido ya demasiado lejos?

–No lo hice por eso, solo quería probar algo diferente. Me sentía poco apreciada.

–Pues te aprecian, aunque no sepan cómo expresarlo. Deberías volver –le dijo Mary de nuevo–. A menos que te guste mucho tu nuevo trabajo. Por cierto, sé que no estás en Tecnologías Anderson. Tengo un amigo de la universidad que trabaja allí.

Se quedó boquiabierta.

–¿Se lo has dicho a alguien? –le preguntó con el corazón en la boca.

–No. Pensé que, si estabas mintiendo, tendrías una buena razón para hacerlo.

–No se lo he contado aún a mamá y papá porque me dirían que estoy echando a perder mi título de abogada.

–¿Qué estás haciendo?

–Algo que no les gustaría nada.

–¿Eres bailarina o *stripper*? –le preguntó su hermana con los ojos como platos.

–¡Por supuesto que no! –replicó riendo–. ¿Cómo puedes siquiera pensarlo?

–Bueno, como has cambiado tanto de aspecto… Y tendrías

cuerpo para ello.

–Pues no, no me dedico a nada parecido. Si te lo digo, tienes que prometerme que no se lo dirás a nadie. Ni a mamá, ni a papá ni a nuestros hermanos. Ni siquiera lo sabe Jordan.

–¿Jordan no sabe dónde trabajas? –le preguntó perpleja–. Está bien, no diré nada.

Le habló entonces de Servicios de Investigación Edwin y de su primera misión encubierta.

–¡Es mejor de lo que pensaba! Dios mío, es genial –repuso su hermana–. Vaya, estoy impresionada, debe de ser muy emocionante.

No le extrañó que le pareciera emocionante, pero ella estaba harta de mentir. Se le hacía un nudo en el estómago cada vez que tenía que hacer algo a escondidas. Era su primera misión, pero empezaba a pensar que no tenía madera de investigadora. Lo único que le gustaba de su trabajo en esos momentos era tener que pasar mucho tiempo con Jordan.

–Pues yo lo odio, Mary –le confesó–. Me estaba volviendo loca encerrada en la agencia, quería trabajar activamente en alguna investigación, pero la verdad es que no se me da bien.

–Me cuesta creerlo, tú destacas en todo lo que haces. Siempre ha sido así.

–Me he enamorado del hombre que estoy investigando.

Mary abrió la boca atónita.

–¡Dios mío! ¿Estás investigando a Jordan Everette?

–Sí, pero baja la voz –repuso ella.

Su hermana se cubrió la boca con la mano.

–He estado trabajando como secretaria temporal en su oficina.

–Y las cosas se pusieron calientes entre vosotros. Siempre supe que merecías a alguien mejor que a esa serpiente de Drake.

–En realidad, me hizo un favor dejándome.

–Desde luego. Ahora estás enamorada de un hombre que es rico, poderoso y maravilloso. Y que besa el suelo que pisas.

–Y que va a odiarme cuando sepa qué es lo que he estado haciendo.

–Es verdad, podría ser un problema. Podría ser culpable...

–No. Si lo conocieras, sabrías que no es capaz de hacerle daño a nadie.

–¿Por qué crees que lo conoces tú después de una semana? Creo que no estás siendo objetiva.

Mary tenía razón, lo había exonerado de toda culpa sin ninguna prueba.

–Ya te he dicho que esto se me da muy mal.

–Pues deja de hacerlo.

–No puedo. No estoy dispuesta a renunciar todavía.

–Lo que quieres decir es que no estás dispuesta a renunciar a él todavía, ¿no?

Así era. Cuanto más tiempo durara la investigación, más tiempo podría estar con Jordan.

Pero también sabía que el dolor de dejarlo sería entonces mucho más intenso.

Capítulo trece

Aunque el médico les había dicho que no volvería a hablar con normalidad, la madre de Jordan había conseguido muchas mejoras en solo tres semanas. No parecía avergonzarse de su situación y había empezado a recibir visitas en casa. Trataba de expresarse aunque tuviera que repetir las cosas para que la entendieran.

También parecía haberse dado cuenta de lo importante que era su familia. Le gustaba que la visitaran sus hijos y Nathan había llevado a la casa a Ana y a Max. Estaba siendo una abuela muy cariñosa.

Pero lo más extraño era su relación con su exmarido. Su padre había pasado tanto tiempo en casa de su madre que su prometida lo había dejado.

Y, aunque ya llevaba tres semanas con Jane, no se cansaba de ella. Todo lo contrario, cada vez le parecía más interesante y deseable.

Estaba deseando que terminara su investigación para que pudieran tener una relación normal. Para ella era muy importante que no los vieran juntos y él estaba cansado de esconderse.

No entendía por qué estaba tardando tanto. Había tenido tiempo suficiente para mirar sus archivos tanto en el trabajo como en casa.

El viernes, antes de la fecha programada para la puesta en marcha del nuevo equipamiento, Jane le pasó una llamada.

–Te llama un tal Peter Burke.

Se quedó sin respiración al oírlo, era el encargado de la refinería, pero esa llamada no tenía nada que ver con el trabajo. Peter sabía que no debía llamarlo a la oficina.

–Peter, ¿qué demonios haces llamándome aquí?

–He intentado llamarte a casa y al móvil, te he dejado mensajes. Ya sabes que no puedo hablar contigo cuando vienes a la refinería.

–Me habría puesto en contacto contigo cuando tuviera tiempo.

–Jordan, estoy desesperado.

–Ya te dije que te conseguiría el dinero y lo haré.

–Pero si no lo consigo pronto…

–No es un buen momento. Con la actualización de la próxima semana, todo el mundo está vigilado, sobre todo los trabajadores de la refinería.

–Lo siento, Jordan. A lo mejor debería confesar, contarle a todos la verdad…

–¿Y correr el riesgo de perder tu trabajo y también tu familia?

–Teniendo en cuenta lo que he hecho, estarían mejor sin mí. Si no consigo el dinero pronto…

Cerró los ojos y suspiró.

–Tengo la mitad del dinero en casa. ¿Será suficiente hasta que te dé el resto?

–Sí, sería perfecto –repuso Peter aliviado.

–Quiero que intentes conseguir ayuda, Peter.

–Lo haré. Te lo prometo. No voy a echarlo a perder otra vez.

–Iré a por el dinero y te llamaré más tarde para quedar contigo y dártelo.

–Gracias, Jordan. Te debo una.

Él no podía estar más de acuerdo. Pero se prometió que era la última vez.

Se puso el abrigo y salió de su despacho. Se le pasó por la cabeza que Jane hubiera escuchado la conversación, pero vio que estaba hablando por su móvil. Lo miró y sonrió.

–Mary, tengo que colgar. Te llamaré más tarde. ¿Te vas ya a la refinería? –le preguntó Jane.

–Sí, aunque antes tengo que hacer un recado. ¿Tienes la lista de equipamiento que te pedí?

–Sí, toma –repuso Jane mientras se la daba–. ¿Sigue en pie lo de esta noche?

–Claro.

–Muy bien, te veo entonces –le dijo con una sonrisa.

Parecía la misma de siempre, pero había algo en sus ojos. Esperaba que no hubiera escuchado la conversación porque era muy fácil malinterpretarla.

De repente, sintió la necesidad de decirle lo que sentía.

–Ven aquí –le pidió mientras le tomaba su mano y la llevaba a su despacho.

La tomó entre sus brazos mientras cerraba la puerta y la besó.

–Te quiero, Jane –le dijo mirándola a los ojos–. Necesito que sepas lo mucho que significas para mí.

–Yo también te quiero, Jordan.

Cerró los ojos y apoyó la frente en la de ella. Nunca pensó cómo iba a sentirse al escuchar esas palabras. Pero cuando la besó de nuevo para despedirse, le dio la impresión de que pasaba algo.

Jane se sentó en su escritorio y repasó la conversación de Jordan que había grabado. Trató de encontrar una explicación lógica para lo que decía, pero tenía muy claro lo que debía hacer.

Había estado tan segura de que era inocente, que le costaba creer lo que oía. Cabía la posibilidad de que estuviera pagando a Peter Burke para que alterara el equipamiento de la refinería. No podía quedarse sin hacer nada. Si no lo contaba y había otra explosión, no podría vivir con ello.

Y la repentina declaración de amor de Jordan le complicaba aún más las cosas. Era casi como si sospechara quién era ella y que había escuchado la conversación.

Aunque debía informar directamente a la agencia, decidió hablar antes con Blair. Se levantó y fue hacia su despacho con la grabadora.

Cuando la vio entrar, Adam Blair se puso en pie.

–He oído una conversación que debería escuchar –le dijo ella mientras encendía la grabadora.

Blair volvió a sentarse y escuchó la conversación completa. Cuando terminó, el hombre maldijo entre dientes. Después, la miró y se disculpó por sus palabras.

–¿Ha oído esto alguien más?

–No, pensé que sería mejor mostrársela a usted primero.

–Ha hecho lo correcto. ¿Dónde está Jordan ahora mismo?

–De camino a la refinería.

Blair tomó el teléfono y habló con su secretaria.

–Llama a Jordan y dile que venga inmediatamente a mi despacho. Es urgente –le pidió a Brenda–. Tome asiento, señorita Monroe –agregó después de colgar mientras la miraba.

Le extrañó que quisiera que se quedara. La información que acababa de darle iba a arruinar la carrera de Jordan.

Jordan le había dicho que la amaba y ella lo había traicionado.

Odiaba ese trabajo y decidió que, en cuanto saliera de allí, iría a la agencia y presentaría su dimisión. Después, pensaba ir al bufete de sus padres y pedirles que la contrataran.

–Señorita Monroe, ¿está bien?

Levantó la vista y se dio cuenta de que Adam Blair la estaba mirando.

–Estoy bien, pero es que...

–¿Jordan le gusta?

Le pareció increíble que fuera tan transparente. Se mordió el labio y asintió.

–La verdad es que no esperaba encontrar pruebas contra él.

–A lo mejor hay una explicación perfectamente razonable para lo que hemos oído.

Pero sabía que Blair no lo creía y ella tampoco.

–Están juntos, ¿no?

No le preocupó la pregunta. Ya había decidido que no iba a seguir siendo investigadora y no quiso mentirle. Además, sabía que Jordan se pondría furioso cuando la viera allí y que Adam Blair se daría cuenta entonces de lo que había entre los dos.

–No era mi intención, pero... Ya no importa. Voy a dejar este trabajo y volver al bufete...

–¿Es abogada?

–Sí, dejé el bufete de mis padres y comencé a trabajar para Servicios de Investigación Edwin hace seis meses. Esta era mi primera misión.

–Si le sirve de algo, siempre me pareció una profesional con experiencia. Y si busca trabajo, estoy seguro de que podemos encontrarle algo en nuestro departamento legal.

–Gracias –repuso ella con poca convicción.

Se abrió entonces la puerta y entró Jordan. Se le cayó el alma a los pies.

–Querías verme, ¿no? –le dijo.

Le sorprendió que no le preguntara qué hacía allí, ni siquiera la miró.

–¿Por qué no te sientas?

–Tengo la sensación de que estoy a punto de enfrentarme al pelotón de fusilamiento, prefiero estar de pie –repuso Jordan

cruzándose de brazos.

El señor Blair encendió la grabadora que seguía sobre su mesa.

–Recuerdo perfectamente la conversación, sucedió hace quince o veinte minutos –dijo Jordan pocos segundos después de que comenzara a reproducirse la grabación.

Adam detuvo la grabadora.

–La señorita Monroe no es secretaria, sino una investigadora que trabaja para Servicios de Investigación Edwin.

Jane esperaba verlo enfadado o que la fulminara con la mirada, pero no hizo nada. Era como si no le importara que ella le hubiera estado mintiendo.

La única explicación que encontraba era que Jordan ya lo supiera. Cabía la posibilidad de que no lo hubiera engañado y que él hubiera estado jugando con ella desde el principio.

–Sé lo que parece, pero no es lo que piensas –le aseguró Jordan al señor Blair.

–Explícamelo entonces.

–De acuerdo, pero ella tiene que irse.

Le dolió que ni siquiera usara su nombre. Se sintió muy humillada y dolida.

–Me trajo esta grabación directamente a mí en vez de informar a su jefe –le dijo el señor Blair a Jordan–. Creo que también le debes una explicación a ella.

–De acuerdo, pero lo que voy a decir no puede salir de esta habitación.

–Eso ya lo decidiré cuando lo oiga –repuso Blair.

–No, júramelo o me voy de aquí. No me importan las consecuencias.

Le sorprendió que fuera tan vehemente. Vio que a Blair le pasaba igual.

–Muy bien, no saldrá de esta habitación.

–Hablaba con Peter Burke, el encargado de la refinería.

–Lo sé, el que perdió a su esposa el año pasado –repuso Blair mientras asentía con la cabeza.

–Así es, por culpa de un cáncer. Está criando solo a sus cuatro hijos. Y, aunque tenía seguro médico, las facturas del hospital lo ahogaban. Estaba al borde de la quiebra, a punto de que lo desahuciaran. Es un buen tipo, un empleado leal. Sentí pena por él

y me ofrecí a ayudarlo. Y por razones obvias, quería mantener todo esto de manera confidencial.

–O todos los empleados con problemas te pedirían ayuda a ti, ¿no? –comentó Adam.

–Exactamente. Le di dinero para que pudiera salir a flote, pero no lo hizo. La muerte de su esposa le afectó mucho. Empezó a beber y a apostar. También ha faltado de vez en cuando al trabajo y no siempre ha hecho las cosas bien. Intenté ayudarlo durante meses. Después, poco antes de la explosión, me dijo que había perdido mucho dinero y un tipo lo estaba amenazando con hacerle algo a los niños si no pagaba. Estaba desesperado.

–Déjame adivinar, Burke le debía treinta mil dólares, ¿no? –le dijo Adam.

Jordan lo miró con los ojos entrecerrados.

–¿Lo sabías?

–Sabía que recibiste una trasferencia de doscientos mil de una cuenta en el extranjero y que después pagaste treinta mil a alguien.

–Esa cuenta del extranjero es mía –repuso Jordan–. Tengo la mayor parte de mi dinero en esa cuenta. Cuando necesito dinero en efectivo, echo mano de esos ahorros.

–Entonces, ¿te está pidiendo dinero otra vez? –le preguntó el señor Blair.

–Sí, está mal. Le dije que asistiera a las reuniones de Alcohólicos Anónimos, pero solo ha ido un par de veces. Debe dinero a otro usurero y su cuñada quiere quitarle la custodia de sus hijos. Y esos niños son todo lo que le queda. No sé lo que haría si los pierde...

–Pero ¿por qué tanto secreto?

–Cuanta menos gente lo sepa, mejor. Su cuñada ya ha pedido la custodia formalmente.

–Y su abogado hablará con todos sus compañeros de trabajo –adivinó Jane.

–Sí, hay empleados que ya han sido citados –le confirmó Jordan–. Y hay otra razón por la que no quiero que esto se sepa, una razón más egoísta.

Vio que respiraba hondo, como si lo que iba a decir le costara mucho trabajo.

–Aunque no alteré nada ni causé directamente la explosión, yo soy el responsable.

Jordan llevaba tanto tiempo llevando esa carga sobre sus hombros que fue un alivio soltarlo por fin. Era algo que podía agradecerle a Jane.

Al principio, le enfadó que lo delatara. Sobre todo cuando Jane acababa de decirle que también lo amaba, pero en realidad le había hecho un favor. Había detenido todo aquello antes de que se le fuera por completo de las manos.

–¿A qué te refieres? –le preguntó Adam.

–Sabía que Peter lo estaba pasando mal. Acababa de dejar de beber y tenía mucha presión por todas partes. Y el que manipuló el sistema de seguridad también lo sabía porque ocurrió en la sección de Peter.

–¿Crees que a Peter Burke se le pasó algo por alto?

–Sí. Sabiendo cómo estaba, no debería haber dejado que formara parte de la inspección de seguridad. Debería habérselo encargado a otro, pero él me dijo que podía hacerlo.

–¿No has pensado que quizás fuera él quien manipuló el sistema de seguridad?

–Ya lo pensé, pero no puede ser. Es un buen tipo. Además, ¿qué razón tendría para hacerlo? Yo le daba el dinero que necesitaba.

–A lo mejor has sido demasiado blando con él, Jordan, pero no podías saber que alguien iba a boicotear el sistema.

–Pero ocurrió y ha llegado la hora de que asuma mi responsabilidad.

–Fue una cuestión de criterio. Creo que te equivocaste, pero no hubo mala intención. Aun así, creo que habría que hacer algo con Peter.

–Lo sé. Cualquiera lo habría despedido hace meses y supongo que debería haberlo hecho.

–No voy a decirte lo que tienes que hacer, pero a veces alguien tiene que tocar fondo para despertar y darse cuenta de que tiene que pedir ayuda para salir adelante.

Miró a Jane. Estaba inmóvil, escuchándolo todo. Se dio cuenta de que debía decirles toda la verdad. Tanto Adam como ella se lo merecían.

–Tengo otra confesión que hacer –le dijo a Jordan–. Sabía que

Jane era una investigadora.

–¿Desde cuándo? –le preguntó Adam.

–Desde el primer día –repuso Jordan mientras miraba a Jane.

–¿En serio? –repuso Adam–. ¿Por qué no dijiste nada, Jordan? Así nos has hecho perder el tiempo a todos.

–Porque estaba enfadado –les confesó–. Y fui lo bastante arrogante como para pensar que podía divertirme un poco a costa de todos los demás...

–Perdonen –se disculpó Jane corriendo hacia la puerta como si le fuera la vida en ello.

Vio que estaba muy pálida, como si estuviera a punto de desmayarse.

–¡Jane! –la llamó para detenerla.

Pero cerró de un portazo y suspiró. Le habría gustado que le permitiera terminar su frase.

–¿Hemos terminado? –le preguntó a Adam.

–No, pero puede esperar. Parece que tienes problemas aún más complicados.

Adam tenía razón porque, en ese momento, solo le importaba Jane.

Se la encontró frente a su mesa, recogiendo sus cosas y metiendo todo en su bolso.

–Tenemos que hablar, Jane –le dijo él–. No me has dejado terminar.

Ella ni siquiera lo miró.

–¿Qué más queda por decir? Has jugado conmigo, te has divertido a mi costa.

–Solo al principio.

–Debería haberme dado cuenta... ¿Cómo iba alguien como tú a sentirse atraído por alguien como yo? ¡Es ridículo!

–No es ridículo, Jane. No te mentí antes cuando te dije lo que sentía por ti.

Ella se volvió para mirarlo.

–Lo siento, pero no te creo –le dijo con dureza.

–Bueno, tú tampoco has sido demasiado sincera conmigo.

–Siento haberte mentido, Jordan, pero estaba haciendo mi trabajo. Y al parecer no muy bien porque me he sentido culpable por mentirte desde el primer día. Me enamoré de ti y pensé que me

dejarías en cuanto te dijera la verdad.

–¿Y pensabas que delatándome iba a sentirme mejor?

–¿Y si no lo hago y hubiera pasado algo? ¿Y si más gente resulta herida?

–No confías en mí.

–Nunca sabrás lo difícil que fue para mí darle esa grabación. Pero tienes razón, supongo que no confié en ti. Por eso creo que deberíamos poner fin a esto ahora mismo.

–Jane...

Jordan alargó la mano para tocarla y ella se apartó.

–Solo dime una cosa –le pidió Jane–. Si no hubiera pasado esto hoy, ¿me habrías dicho la verdad?

–Lo importante es que te lo he dicho.

Le pareció que la había decepcionado.

–No, eso no es lo importante –le dijo Jane tomando su bolso y su abrigo–. Adiós, Jordan.

Y él fue tan tonto como para no ir siquiera tras ella.

–Lo hemos encontrado.

Jordan levantó la vista de su ordenador y vio que Adam lo miraba desde la puerta de su despacho. Parecía muy satisfecho.

–¿A quién habéis encontrado?

–Al saboteador. Bueno, en realidad no era un saboteador.

–¿Cómo? No te entiendo.

–Después de nuestra charla de hoy, me puse a pensar. Tuve una corazonada y decidí llamar a Peter Burke para que viniera e interrogarlo.

–Adam, me prometiste...

–Le dije a Peter que había atrapado al hombre responsable de la explosión y que eras tú.

–¿Yo?

–Sí. Peter no tardó ni diez segundos en confesar la verdad.

Jordan sintió que le faltaba el aire. No podía creerlo.

–¿Fue Peter?

–Peter causó la explosión, pero no fue un sabotaje.

–¿Estás diciendo que fue un accidente?

–Unos minutos antes de poner en marcha el sistema, vio que

había un medidor defectuoso. En vez de llamar a un equipo de mantenimiento y retrasar la puesta en marcha, decidió arreglarlo él. Y a lo mejor lo habría hecho bien si no hubiera estado borracho en ese momento.

–¿Así que fue un accidente? –le preguntó con incredulidad.

–Creo que la culpabilidad lo estaba matando. Estaba deseando confesar.

–¿Cómo se te ocurrió interrogarlo?

–No lo sé, fue una corazonada.

Habían estado tan convencidos desde el principio de que había sido un boicot que nadie había considerado que se pudiera tratar de un error.

–Es culpa mía –le dijo él–. Al intentar ayudar a Peter, solo he empeorado las cosas.

–Sí, es verdad.

–Deberías pedirme que presentara mi renuncia.

–Debería hacerlo. Pero, cuando veo todo lo bueno que has hecho por la compañía, me parece justo darte otra oportunidad.

Pero sabía que no iba a convertirse en director general.

–¿Qué va a pasar ahora con Peter? –le preguntó Jordan.

–Está en periodo de suspensión. Volverá a su puesto si la evaluación es buena después de pasar por un programa de rehabilitación. Podría haberlo despedido, pero me dijiste que es un buen tipo y me fio de ti.

–Bueno, ahora que se ha resuelto el misterio, ya puedes retirarte.

–Ese es el plan. Espero poder hacerlo hacia finales de mes. Así tendré mes y medio con Katy antes de que nazca el bebé.

–Entonces, ¿tu plan es quedarte en casa y hacer de papá?

–La familia de Katy tiene un rancho y he comprado cerca unas tierras. Creo que me voy a dedicar a la ganadería.

–Supongo que pronto se hará oficial quién va a reemplazarte en tu puesto.

–El consejo se reúne el lunes para nombrar a mi sucesor.

Jordan sabía que no iba a ser él, pero se lo había buscado con su arrogancia, pensando que era invencible y que no tenía que seguir las mismas reglas de los demás.

–He visto que la señorita Monroe se ha ido –comentó Adam.

–Sí, mañana me enviarán otra secretaria de la agencia de trabajo

temporal.

–¿Has arreglado las cosas con ella?

–No, no quiere nada conmigo.

–¿Le pediste perdón?

–Por supuesto –repuso él–. Pero Jane tiene muy claro lo que quiere. Además, es mejor así. No se me dan bien las relaciones que duran más de tres días.

–Bueno, si cambias de opinión, siempre puedes arrastrarte y pedirle que vuelva contigo.

Pero tenía muy claro que no iba a hacerlo. Había tratado de razonar con ella y resolverlo. Creía que la pelota estaba en el tejado de Jane.

La junta directiva decidió el lunes que Emilio Suárez iba a ser el nuevo director general de Western Oil. Jordan se dio cuenta de que era la mejor opción, había trabajado muy duro para llegar tan alto y se merecía el puesto. Aunque estaba decepcionado, le pareció bien la elección.

Habían cambiado muchas cosas en su vida durante esas semanas. Y él también había cambiado.

Nathan se acercó a su despacho a verlo.

–¿Tienes un minuto? –le preguntó su hermano.

–Pasa –repuso Jordan.

–Ya me han dicho que la inspección de la refinería fue muy bien.

–Sí, está funcionando a plena capacidad.

–Bueno, ya habrás oído lo de Emilio, ¿no? –le preguntó Nathan.

Jordan asintió con la cabeza.

–Sí.

–Quería decirte que he entregado mi renuncia. Me voy de Western Oil.

–¿Te vas porque no has conseguido el puesto de director general?

–Esa es una de las razones. Pero los dos sabemos que no puedo seguir aquí estando conectado con la familia Birch como lo estoy. El padre de Ana me ha hecho una oferta que no he podido rechazar y me voy a trabajar a su empresa.

Jordan no tenía la energía necesaria para protestar y enfadarse.

Además, sabía que debía alegrarse por Nathan, pero sentía que lo estaba abandonando. No le gustaban los cambio y sabía que las cosas iban a ser muy diferentes en Western Oil.

–Eso es genial. Te lo mereces –le dijo con una sonrisa.

–Tenía miedo de que te sentara mal.

–¿Por qué? ¿Porque soy un idiota y un arrogante? –le preguntó Jordan.

–A veces –repuso Nathan–. Y, si decides dejar Western Oil, podré ayudarte a encontrar trabajo con el padre de Ana.

–Te lo agradezco, pero estoy contento aquí. Me gusta lo que hago y la gente con la que trabajo.

–Bueno, si alguna vez cambias de opinión...

–Tú serás el primero en saberlo.

–Por cierto, la boda es el próximo fin de semana y todavía no nos has enviado la contestación. ¿Vas a ir solo o acompañado?

Tenía la sensación de que Nathan le estaba preguntando otra cosa.

–Ya no estamos juntos –le dijo.

–Pensé que estabas enamorado de ella.

–No puedo hacer que me ella me ame a mí.

–Pero ella te quiere, Jordan.

–Me mintió.

–Y tú a ella.

Lo miró sorprendido.

–Adam me contó que supiste lo que hacía Jane desde el principio y no dijiste nada. Muy mala idea por tu parte.

–Alguna vez tenía que ser la primera.

Nathan se echó a reír y sacudió la cabeza.

–Bueno, por lo menos tu ego está intacto.

–Le pedí disculpas y se fue. La pelota está en su tejado.

Nathan le lanzó una mirada de incredulidad.

–¿Seguro que te disculpaste?

Pensaba que sí, pero recordó la conversación y se dio cuenta de que no lo había dicho tal cual.

–Bueno, había una disculpa implícita en mis palabras. Nunca he tenido una relación de verdad. Aunque quisiera volver con ella y que las cosas funcionaran con Jane, no sabría cómo hacerlo.

–Lo averiguarás –le dijo Nathan.

–¿Cómo?

–Podrías empezar diciéndole lo que sientes. Y esta vez, discúlpate de verdad. Siempre puedes suplicárselo de rodillas.

–¿Y si me dice que no?

Vio que su hermano le sonreía.

–Tienes miedo. Tienes miedo de que te rechace.

Supo que tenía razón. Era Jordan Everette, guapo, multimillonario y hombre de éxito. Las mujeres solían perseguirlo. Pero todo había cambiado con Jane. A ella no le atraía el Jordan que veían los demás, era la única que había visto cómo era de verdad.

–No tengo que decirte que este tipo de cosas no suceden todos los días, ¿verdad? –le dijo Nathan–. Tienes que arriesgarte.

Capítulo catorce

Jane estaba todavía en el bufete el lunes por la noche cuando Mary fue a verla.

–Son más de las ocho. ¿Qué haces todavía aquí? –le preguntó su hermana.

–Estaba revisando algunos casos para ponerme al día.

–¿Qué tal? ¿Te gusta estar de vuelta aquí?

El viernes, después de dejar Western Oil, se había tragado su orgullo para ir a ver a sus padres. Cuando les dijo que acababa de renunciar a su trabajo, le pidieron que regresara al bufete.

Antes de aceptar, les dijo que las cosas iban a tener que cambiar. Quería tomar las riendas de su carrera y reunir su propia cartera de clientes. Sus padres se comprometieron a hacerlo y consiguió además que le subieran el salario.

Todos habían salido a cenar juntos para celebrarlo. Parecían felices de tenerla de vuelta y a ella también le gustó sentirse aceptada y querida.

–Es agradable estar haciendo un trabajo que sé que se me da bien –le confesó Jane.

–¿Has hablado con él?

No había podido dejar de pensar en Jordan. Lo echaba de menos.

–No, no sé nada de él –le dijo.

–Llamará, estoy segura.

–Si quisiera hablar conmigo, ya lo habría hecho.

–Bueno, a lo mejor tienes razón. Seguro que ya te ha olvidado.

Sacudió la cabeza al oírlo.

–A veces eres odiosa.

–No me digas que aún sigues enfadada con él.

–No.

Pero tenía el corazón roto. Había llegado a la conclusión de que la mentira de Jordan no era peor que la suya. Era verdad que había estado haciendo su trabajo, pero si lo hubiera hecho correctamente,

nunca se habría acostado con él.

–Si necesitas hablar, llámame, a la hora que sea.

–Gracias, Mary.

Pasó una hora más en el trabajo y salió del bufete. De camino al coche, pensó en comprar la cena en algún sitio, pero no tenía hambre. Llevaba varios días sin apetito. Volvió directamente a casa. Sacó las cartas del buzón y fue mirándolas mientras subía las escaleras.

–Ya pensé que no ibas a volver a casa.

No pudo ahogar un grito de sorpresa al oír esa voz y se le cayeron las cartas al suelo.

–¿No vas a recoger eso? –le preguntó Jordan.

Ella se agachó y recogió rápidamente sus cartas. Fue después muy despacio hasta la puerta y sacó sus llaves. No quería hacerse ilusiones. A lo mejor estaba allí para recoger su cepillo de dientes o la corbata que había olvidado bajo la cama unos días antes.

–¿Podemos hablar? –le preguntó Jordan.

No sabía si era su imaginación, pero le pareció que estaba nervioso.

Abrió la puerta y le hizo un gesto para que pasara. Se quitó el abrigo nada más entrar. Él, en cambio, no lo hizo.

–Puedes quitarte la chaqueta –le dijo.

Jordan hizo lo que le sugería. Estaba tan guapo que le entraron ganas de llorar. Deseaba abrazarlo, pero trató de controlarse.

–Jane, metí la pata –le dijo Jordan–. Siento mucho haberte mentido. No me importa que me delataras, me lo merecía. Si no te dije que sabía quién eras fue porque tenía miedo de perderte. No-no puedo vivir sin ti y haré lo que sea...

Sin pensar, se abalanzó sobre él y lo abrazó. Jordan la rodeó con sus brazos y sintió que el mundo volvía a tener sentido.

–Estás perdonado –repuso ella.

Jordan se quedó callado durante unos segundos.

–Ha sido mucho más fácil de lo que pensaba. Creí que tendría que arrastrarme.

Ella se rio y lo abrazó con más fuerza.

–Me tenías en el bolsillo desde que te vi sentado frente a mi puerta, como aquella otra noche. Te he echado tanto de menos... –le confesó ella–. Te quiero con todo mi corazón.

Jordan le tomó la cara entre las manos y la besó.

–No tanto como yo a ti. Y, te guste o no, no voy a dejarte nunca.

Ella no podía estar más feliz con esa amenaza.

–Pero, si queremos que esto funcione, tendremos que hacer algunos cambios. Este piso –comentó mientras miraba a su alrededor– o lo decoras o será mejor que renuncies a él.

–¿Y dónde voy a vivir?

–Conmigo.

–¿Estás seguro?

–No soy el tipo de hombre que le pide a una mujer que se vaya a vivir con él sin más. De hecho, eres la única mujer a la que se lo he pedido.

Ella sonrió al escucharlo.

–Lo último y lo más importante es que debemos ser una pareja de verdad. No quiero esconderme. Quiero salir contigo, presumir de novia con mis amigos y ser parte de tu familia. Y deseo también que tú seas parte de la mía. Y si a tus jefes de Servicios de Investigación Edwin no les gusta...

–Ya no trabajo allí. He vuelto al bufete de mi familia.

–¿Es eso realmente lo que quieres?

–Creo que sí. Lo que sé es que quiero volver a trabajar como abogada.

–No sé si te has enterado, pero ya han decidido quién será el nuevo director general. Será Emilio Suárez.

–¡No! ¡Jordan! Lo siento mucho.

–Estaba tan convencido de que iba a lograr el puesto, que no entiendo cómo no estoy más disgustado, pero la verdad es que me alegro por Emilio. Es un buen tipo y ha trabajado muy duro.

–Por cierto, no llegué a decirte cuánto me emocionó saber lo que habías hecho por Peter Burke. Me sentí muy orgullosa de ti.

–Pero casi me cuesta mi trabajo. Él fue el responsable de la explosión.

Ella le tocó con cariño la mejilla.

–Ya me he enterado. Siento que te defraudara, no lo merecías.

Él sonrió y la besó suavemente.

–Lo que de verdad merezco y necesito lo tengo aquí mismo –le dijo Jordan.

Ella lo abrazó y se preguntó si era real aquello o si estaría

soñando.

–Ahora que estamos oficialmente juntos, ya puedo ir contigo a la fiesta de antiguos alumnos de tu universidad –le recordó Jordan.

–¿Otra vez con eso?

–Es que me gustaría mucho ir. Además, te he comprado algo especial para que te pongas. Está en el bolsillo de mi chaqueta.

Metió la mano en la chaqueta y sintió algo pequeño y duro. Parecía una cajita de joyería.

Sacó la cajita y la miró. Era blanca y de una de las mejores joyerías de la ciudad.

No podía ser, sabía que no era posible. Era demasiado pronto. Acababa de pedirle que se fuera a vivir con él, pero creía que tendrían que estar juntos durante años antes de que él estuviera preparado para ese tipo de compromiso.

–¿No vas a abrirla? –le preguntó Jordan.

Lo miró y se quedó sin aliento al ver que había plantado una rodilla en el suelo.

–Jordan...

Él se limitó a sonreír.

–Abre la caja.

No podía estar pasando... La abrió con manos temblorosas y en su interior estaba el más hermoso anillo de compromiso que había visto en su vida.

–¡Dios mío!

–Sé que es pronto –le dijo Jordan–. Pero también sé que eres la mujer de mi vida. Creo que lo supe desde el primer día, cuando tropezaste y me tiraste el café por encima.

Jane sonrió emocionada.

–Te quiero, Jane, y eso nunca va a cambiar.

Ella tampoco necesitaba años, ni siquiera meses, para saber que Jordan era el hombre de su vida. Tenían que estar juntos. No sabía por qué estaba tan segura, pero lo sentía así.

–Bueno, pídemelo –le dijo ella.

Él la miró con una de sus maravillosas sonrisas, de esas que la derretían por dentro.

–Jane Monroe, ¿te quieres casar conmigo?

–Sí –repuso ella–. Por supuesto.

En los ojos de Jordan brillaba con fuerza la promesa de todo lo

que ella había deseado encontrar en el hombre que fuera a convertirse algún día en su marido. Él tomó la caja, sacó el anillo de su lecho de raso y se lo deslizó en el dedo.